



Fria Rendición

Brenda Jackson

Argumento:

Él era de los que amaba y luego las abandonaba, y las más atractivas e inteligentes eran las preferidas de Stone Westmoreland.

Stone había prometido no volver a permitir que ninguna mujer se le colara en el corazón, pero entonces apareció Madison Winters y convirtió su rutinario viaje en avión en un seductor reto y Stone tuvo que reconsiderar sus normas. Sobre todo, cuando Madison le pidió ayuda y le hizo una oferta que no podía rechazar.....

Capítulo Uno

¡Aquella mujer le estaba apretando el muslo! Y con bastante fuerza. El dolor era casi insoportable; pero el contacto era demasiado agradable.

Stone Westmoreland se giró lentamente para mirarla detenidamente.

La mujer estaba aplastada contra su asiento; cualquiera diría que pensaba que el avión iba a estrellarse a menos que ella se aferrara con fuerza a algo. Tenía los ojos cerrados y su respiración era bastante irregular. A Stone le recordó a la respiración entrecortada de una mujer que acabara de tener el orgasmo más satisfactorio de su vida. De repente, sintió cómo se excitaba.

Se reclinó en su asiento, mientras el avión continuaba con el despegue, y cerró los ojos. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer, tanto que el simple contacto de una mano femenina sobre su pierna bastaba para encender su libido.

Abrió los ojos y tomó aliento.

Esperaba que el mes que iba a pasar en Montana, en el rancho de su primo, le hiciera algún bien.

Su primo Durango tenía la misma edad que él, treinta y tres años, sólo se llevaban unos meses y siempre habían sido muy buenos amigos.

Después, estaba su tío Corey. Éste vivía cerca de Durango en un rancho en las montañas. Corey Westmoreland era el hermano pequeño de su padre. Había sido guarda forestal durante treinta años y ahora, a la edad de cincuenta y cuatro, se había retirado.

Todavía guardaba unos recuerdos muy gratos de cuando sus cuatro hermanos, seis primos y él iban a pasar las vacaciones con el tío Corey. Todos ellos habían aprendido a apreciar la vida al aire libre. Su tío siempre se había tomado su trabajo con mucha seriedad y les había contagiado a todos su amor por la naturaleza. Su primo Durango hasta había elegido la misma profesión que él.

Una de las cosas que mejor recordaba de su tío era su afirmación de que nunca iba a casarse. De hecho, aparte de las mujeres de la familia, ninguna otra mujer había pisado su rancho. La razón que su tío esgrimía era que se había vuelto un tipo muy raro, con muchas manías. Y que prefería la vida de soltero.

Los pensamientos de Stone volaron hacia sus hermanos.

Hacía un año, aproximadamente, todos estaban solteros y felices. Después, sin darse ni cuenta, todo cambió. Dare, el mayor, se casó y, a los seis meses, su segundo hermano, Thorn, hizo lo mismo. Todos en la familia comenzaron a señalarlo a él porque era el tercero; le repetían una y otra vez que el siguiente era él.

Y él les había dejado claro que antes muerto que casado.

Le gustaba estar soltero; demasiado para caer en la trampa del matrimonio. Y aunque era el primero en admitir que las mujeres de sus hermanos eran maravillosas; había decidido, al igual que el tío Corey, que el matrimonio no estaba hecho para él.

Y no era porque se considerara un tipo raro, simplemente, no quería tener que encargarse de nadie que no fuera él mismo. Le gustaba la libertad de ir y venir a su antojo y, gracias a que era uno de los escritores más famosos del momento, se lo podía

permitir. Viajaba por todo el mundo recabando información para sus novelas y cuando salía con alguna mujer siempre era a su manera. Para él las mujeres eran una necesidad y, normalmente, no le resultaba difícil encontrar a alguien que pensara lo mismo.

Para ser totalmente sinceros, Stone no tenía nada contra el matrimonio; simplemente, no estaba preparado para dar semejante salto. Había tomado la decisión después de la boda de su buen amigo Mark, al igual que él, escritor.

Después de casarse, Mark había decidido que escribir no era una prioridad. Pasar con su mujer el máximo de tiempo posible se había convertido en su principal objetivo. Era como si Mark, al casarse, hubiera cambiado de personalidad.

Sólo pensar que podía perder el deseo de escribir por culpa del amor lo ponía nervioso. Escribir se había convertido en su vida y no quería que nada cambiara eso.

Stone decidió volver a mirar a la mujer que tenía al lado.

Hasta con los ojos cerrados le gustaba.

El pelo castaño le llegaba a la altura de los hombros y tenía la piel del color del café con leche. Sus labios eran carnosos y la nariz, perfecta. Tenía las pestañas negras y rizadas y los pómulos marcados. Si llevaba maquillaje, no se notaba. Su belleza era natural.

Le miró a la mano, la que tenía agarrada al muslo. No llevaba ni anillo de compromiso ni alianza, lo cual no estaba nada mal si su desuno era Montana.

Sintió que todas las fibras de su cuerpo se ponían en tensión cuando ella movió la mano.

Contuvo el aliento. Si deslizaba la mano un par de centímetros más arriba, iba a encontrarse con una parte de él demasiado íntima. Probablemente, pensaba que estaba agarrada al reposabrazos, así que, lo mejor sería sacarla de dudas antes de que ocurriera lo peor.

La luz que entraba por la ventanilla se reflejaba en sus facciones, haciéndola aún más atractiva. Se inclinó sobre ella, con cuidado de no asustarla, y aspiró su aroma antes de abrir la boca. Su fragancia consiguió excitarlo más de lo que ya estaba y sintió la tentación de acercarse a su piel y chupársela.

Stone meneó la cabeza fastidiado.

¿Desde cuándo iba él por ahí, chupándole el cuello a las mujeres? Desde luego, le gustaba besar, como a la mayoría de los hombres, pero, devorar a una mujer nunca le había interesado.

Hasta aquel momento.

Alejó aquel pensamiento de su mente, decidiendo que era demasiado peligroso.

-El avión se ha estabilizado, así que, ya puede soltarme.

Ella abrió los ojos de golpe y volvió la cabeza hacia él, sorprendida.

Una parte de él deseó que no lo hubiera hecho pues se encontró mirando al par de ojos color avellana más preciosos que había visto en la vida. Eran perfectos y encajaban a la perfección con el resto de sus facciones.

Algo en su interior hizo que tuviera que agarrarse para que su cuerpo no sufriera una sacudida.

Simplemente, era preciosa; aunque la verdad era que de simple no tenía nada.

Literalmente, lo había dejado sin respiración. Y, hablando de respiración, se había dado cuenta de que ella contenía la suya mientras bajaba la mirada hacia su mano izquierda.

Inmediatamente, la apartó de donde estaba.

Al darse cuenta de lo que había sucedido, la vergüenza inundó su rostro.

-¡Oh! Lo siento muchísimo. No pretendía tocarlo. Pensé que tenía la mano en el reposabrazos. Yo... nunca pretendí actuar de manera tan poco apropiada.

Cuando Stone vio el desconcierto en su cara, decidió tranquilizarla. Desde luego, le había encantado su acento que probablemente era del norte.

-No ha pasado nada -intentó decir de manera casual-. Me llamo Stone Westmoreland -dijo alargando la mano.

Ella, todavía avergonzada, se la estrechó.

-Madison Winters.

El sonrió.

-Encantado de conocerte, Madison. ¿Es la primera vez que subes a un avión?

Ella negó con la cabeza mientras le soltaba la mano.

-Encantada de conocerte. No, no es la primera vez que vuelo; pero siempre me pasa lo mismo. Intento utilizar otro medio de transporte siempre que puedo, pero, esta vez, necesito llegar a Montana lo antes posible.

El asintió.

-¿De dónde eres? -preguntó, sin poder evitarlo. Su acento le estaba afectando aún más que su mano sobre el muslo. Sólo escucharla hablar lo ponía a cien.

-Soy de Boston.

El volvió a asentir.

-Yo soy de Atlanta -decidió decir él cuando el tiempo pasaba y ella no le preguntaba. No sabría decir si se debía a timidez o a falta de interés por él. Desde luego, él sí estaba interesado en ella.

-Me encantó Atlanta -dijo ella al rato-. Una vez fui con mi clase.

El levantó una ceja.

-¿Con tu clase?

Ella sonrió y a él le dio un vuelco el estómago.

-Sí, soy profesora. Doy clase de música en un colegio.

Stone sonrió, sorprendido. Nunca se lo habría imaginado. Recordaba que, en el colegio, él tocaba el clarinete y su profesora de música no se parecía en nada a la mujer que tenía delante.

-Debe ser interesante.

La sonrisa de ella se agrandó.

-Lo es.

El sonrió.

-¿Qué haces tú?

Él dudó un instante, luego, decidió decirle lo que hacía.

-Soy escritor.

Ella sonrió.

-¿En serio? ¡Qué fantástico! ¿Y qué tipo de literatura escribes? No me suena tu nombre.

Él soltó una carcajada.

-Escribo novelas de acción con el seudónimo de Rock Masón.

Ella abrió los ojos como platos.

-¿Tú eres Rock Masón?

-Sí —admitió él con una sonrisa.

-¡Dios mío! Mi madre se ha leído todos tus libros. Es tu admiradora número uno.

La sonrisa de él se agrandó.

-¿Y tú? ¿Has leído alguna de mis novelas?

Ella lo miró con arrepentimiento.

-No. Normalmente, no tengo tiempo para leer; pero tengo entendido que eres muy bueno.

-Gracias.

-Unos cuantos amigos míos pertenecen a un club de lectura y siempre que sacas un libro nuevo lo seleccionan para leerlo y luego comentarlo. Tienes bastantes seguidores en Boston. ¿Has estado alguna vez allí?

-Sí. Hace un par de años, estuve firmando libros. Es una ciudad preciosa.

A Madison se le iluminó el rostro.

-Lo es. Me encanta Boston. No me puedo imaginar viviendo en ningún otro lugar. Hasta estudié allí mi carrera porque no quería irme de casa.

En aquel momento, la azafata los interrumpió para servirles un aperitivo.

-¿Vas a Montana en viaje de negocios? —preguntó al recordar que ella había dicho que necesitaba llegar allí lo antes posible.

La miró mientras daba un mordisco a su bocadillo y sintió una punzada de deseo en el estómago. Por si aquello no fuera suficiente, ella cerró los ojos mientras daba un sorbo a su café. Tardó un par de segundos en volver a abrirlos; como si aquel café fuera lo más rico que había probado en la vida.

El vio en su mirada el reflejo de la duda.

-No. Se trata de una visita personal -se quedó estudiándolo un instante, como valorando si debía explicarle sus motivos, después, añadió-: Voy a buscar a mi madre.

El levantó una ceja.

-¿Es que ha desaparecido?

Madison se recostó en su asiento. Parecía frustrada.

-Sí. Fue con unas amigas de viaje a Montana, a visitar el parque de Yellowstone —miró su café y añadió en voz baja-: Sus amigas volvieron; pero ella no.

El notó el tono de preocupación de su voz.

-¿No has sabido nada de ella?

Ella asintió.

-Sí. Me dejó un mensaje en el contestador. Decía que iba a prolongar sus vacaciones durante otras dos semanas.

Madison se preguntaba por qué le estaba contando todo aquello a aquel desconocido. La única razón que se le ocurría era que necesitaba hablar con alguien y Stone Westmoreland parecía un tipo agradable. Además, necesitaba a alguien neutral.

-¿Te ha dejado un mensaje de que se iba a quedar más tiempo y aun así viajas a Montana para buscarla? -preguntó él, sin comprender muy bien.

-Hay un hombre de por medio.

El asintió, lentamente.

-Entiendo.

En realidad, no entendía nada.

-Quizá pienses que no hay motivo para estar preocupada, pero... verás, mi madre no ha hecho nada así en la vida.

El asintió.

-Así que, ¿piensas que ha sucedido algo extraño?

-No, no es eso. Lo que creo es que está pasando por una crisis. Acaba de cumplir los cincuenta y, desde entonces, la noto rara.

Stone dio un sorbo a su café.

Recordaba lo que le había sucedido a su madre al cumplir los cincuenta. Había decidido que quería volver a estudiar y comenzó a trabajar fuera de casa. A su padre casi le da un ataque porque era uno de esos hombres tradicionales que pensaban que la mujer debía quedarse en casa; pero su madre había tomado una decisión sobre lo que quería hacer y nada podía hacerla cambiar de opinión.

Volvió a centrarse en la madre de Madison. Personalmente, no veía nada anormal en que una mujer se fuera con un hombre, si eso era lo que quería. Sin embargo, por la expresión de preocupación de Madison, ella pensaba de manera distinta.

-¿Qué piensas hacer cuando la encuentres? -preguntó él sintiendo curiosidad; después de todo, ella era la hija.

-Voy a intentar que entre en razón, por supuesto -dijo con determinación-. Mi padre murió de un infarto hace unos diez años y, desde entonces, ella no ha salido con nadie. Es la mujer más sensata y más prudente que hayas conocido jamás -tomó aliento y continuó- Irse con un hombre al que acaba de conocer en una cena, no es nada propio de ella.

La mente aventurera y llena de misterios de Stone se puso en marcha.

-¿Estás segura de que se ha ido con él por voluntad propia?

Madison dio otro sorbo a su café antes de responder:

-Sí. Hay testigos. Sus amigas me han dicho que una mañana hizo la maleta y les dijo que el tipo iba a buscarla y que pasaría el resto de las vacaciones con él. Por supuesto, yo no me lo creía, así que, llamé al FBI. Después, recibí su llamada. Desgraciadamente, no estaba en casa cuando llamó por lo que no pudimos hablar; pero su mensaje era claro: quería quedarse dos semanas más y que no me preocupara por ella. Pero, por supuesto, yo estoy preocupada.

Stone pensó que aquello era evidente.

-¿Puede prolongar las vacaciones todo el tiempo que quiera?

-Sí, está retirada. Mi madre trabajaba de administrativa en un hospital y el año pasado se retiró. Ahora tiene un centro de día para los ancianos; pero cada vez va menos por allí y se dedica a hacer obras de caridad. Es lo que más le gusta.

-¿Por dónde vas a buscarla? Montana es enorme.

-He reservado una habitación en un rancho a las afueras de Bozeman llamado Silver Arrow. ¿Has oído hablar de él?

Stone sonrió. Lo conocía; de hecho, estaba al lado del de Durango. Estaba encantado de que Madison fuera a estar tan cerca.

-Está al lado de donde yo me voy a quedar. Prácticamente, vamos a ser vecinos.

Ella sonrió como si aquella idea le gustara. O quizá, eran imaginaciones suyas, pensó él centrándose en los labios femeninos.

-Después, voy a buscar un guía para que me acompañe a las montañas.

-¿A las montañas? ¿Por qué allí?

-Porque allí es donde él vive.

Stone dio un sorbo a su café pensando que siempre había pensado que su tío Corey era el único valiente capaz de prescindir de la civilización para vivir en las montañas.

Ella interrumpió sus pensamientos.

-Según tengo entendido, es un guarda forestal retirado. No sé su nombre, pero es algo así como Cole o Cord o Cari.

A Stone se le fue el café por mal sitio y se atragantó.

-¿Estás bien? -preguntó ella al oírlo toser. El la miró, sin saber qué responder. El hombre que acababa de describir se parecía demasiado a su tío Corey.

¿Pero una mujer en la montaña de Corey?

-¿Estás diciéndome que el hombre con el que se ha ido es un guarda forestal retirado que vive en las montañas? —preguntó él para corroborar lo que acababa de oír.

-Sí. ¿Puedes imaginarte algo más ridículo?

-No, no puedo imaginarme nada más ridículo.

Debía haberlo aburrido; pensó Madison al rato. La conversación había ido decayendo y él se había reclinado en su asiento y había cerrado los ojos. Ella aprovechó la ocasión para mirarlo.

Si se podía decir de un hombre que era hermoso, ése era el caso. Tenía los hombros anchos y, aunque estaba sentado, no le cabía ninguna duda de que tenía un cuerpo atlético. Pero lo que más la cautivaba eran sus ojos oscuros en forma de almendra. Deseaba que no los tuviera cerrados para poder mirarlos durante más tiempo.

Eran tan oscuros como la noche y, cuando la había mirado, ella había sentido que podía ver su alma. Después, estaba su pelo rizado de aspecto sedoso, con un corte perfecto. Sus pómulos eran marcados y tenía unos labios generosos que hacían que las piernas le temblaran cuando le sonreía. Y la suave textura de su piel, color chocolate, era tan tentadora que tenía que hacer un esfuerzo para no tocarla.

Por primera vez, se olvidó de que estaba en un avión. Sólo podía pensar en que estaba sentada al lado del hombre más guapo que había visto en la vida. Normalmente, ella sería la última persona en fijarse en un hombre; después de lo que Cedric le había hecho hacía un par de años... Descubrir que el hombre con el que una está a punto de casarse está teniendo una aventura es una experiencia de lo más dolorosa. Desde entonces, había decidido que ningún hombre merecía tantos problemas. Algunas persona simplemente estaban hechas para estar solas.

Cerró los ojos y se preguntó si su madre había hecho aquello porque estaba cansada de estar sola. Llevaba diez años viuda y, aunque sus padres se habían tratado con respeto, ella dudaba que se hubieran amado. Sin embargo, desde el fallecimiento de su padre, su madre no había quedado con nadie; aunque sabía que la habían invitado a salir en más de una ocasión.

¿Qué tendría el hombre con el que se había ido a las montañas? Tal y como le había dicho a Stone, su madre debía estar pasando la crisis de los cincuenta. No había otra explicación posible.

¿Qué le iba a decir cuando la viera? Esa era otra pregunta para la que no tenía respuesta. Lo único que sabía con toda certeza era que pensaba echarle un buen sermón; una mujer de cincuenta años no se fugaba con un hombre como ella había hecho.

Madison meneó la cabeza. Ella tenía veinticinco y nunca se iría con un desconocido; aunque fuera tan guapo como Stone. Le echó una mirada y tuvo que admitir que la idea era bastante tentadora.

Muy tentadora.

Apartó aquel pensamiento de su mente. Con que una mujer Winters actuara de forma impulsiva e irracional ya era suficiente.

¿Qué pasaría si el hombre que Madison Winters había descrito fuera realmente el tío Corey? Con los ojos cerrados, Stone Westmoreland no dejaba de darle vueltas a la cabeza. De momento, seguiría fingiendo que estaba dormido; no quería que Madison

viera lo confundido que estaba.

Le hubiera encantado poder llamar a su primo Durango para aclarar la situación; pero, aun sin quererlo, Madison se enteraría de todo. Lo único que podía hacer era esperar a verlo para preguntárselo.

Ojalá estuviera equivocado y hubiera otro guardabosques retirado que viviera en las montañas.

Tomó aliento muy lentamente. El aroma de Madison era penetrante.

Para ser sincero consigo mismo, tenía que admitir que la sangre había comenzado a bullirle desde el mismo instante en que ella se sentó a su lado. Había intentado ignorarla, concentrándose en lo que ocurría fuera del avión mientras la tripulación se preparaba para el despegue, y casi lo había logrado cuando ella se aferró a su pierna.

Desde luego, no iba a olvidar aquel vuelo en la vida. No pudo evitar abrir los ojos y volver a mirarla. Ahora era ella la que tenía los ojos cerrados. Sus labios estaban entreabiertos y respiraba con suavidad. Obviamente, se había relajado y había olvidado sus temores.

Stone no sabía qué pensar de aquel instinto de protección que sentía por ella. Quizá sentía aquello porque le recordaba a su hermana Delaney.

A sus labios afloró una sonrisa perezosa.

Delaney, al ser la única niña entre tanto chico, había estado siempre muy protegida. Pero cuando acabó su carrera de Medicina les sorprendió a todos con que se iba a una cabaña en las montañas de Carolina del Norte a meditar. Para su sorpresa, la cabaña ya estaba ocupada por un jeque árabe que había tenido la misma idea que ella. Durante el tiempo que pasaron allí juntos se enamoraron y ahora Delaney era una princesa que vivía en Oriente Medio. En la actualidad, estaba en los Estados Unidos con su familia acabando su especialidad en un hospital de Kentucky.

A Stone, le encantaba su sobrino Ari y, tenía que reconocer, que su cuñado, el jeque Jamal Ari Yasir, se los había ganado a todos y era tan bien recibido en casa como su hermana. Todos sabían que Jamal amaba a su hermana sin reservas.

Miró alrededor, buscando un sitio donde estirar los músculos entumecidos, pero desistió porque para llegar al pasillo tendría que despertar a Madison. Y lo último que quería era que Madison comenzara a hablar del hombre que podía ser su tío.

Hasta que Durango le diera algunas respuestas, no quería actuar como si la estuviera engañando.

La miró una vez más y admiró su belleza. Según él lo veía, Madison Winters era una mujer a la que ningún hombre en su sano juicio querría engañar.

Capítulo Dos

El aterrizaje se realizó sin contratiempos y cuando el avión paró, Madison dejó escapar un suspiro de alivio. Se desabrochó el cinturón y esperó a que los otros pasajeros fueran saliendo de sus asientos.

-¿Quieres que te ayude con algo?

Se volvió y se encontró con la mirada oscura de Stone. Su voz era tenue y seductora y le recordó a la del cantante Barry White. El ritmo de su corazón se aceleró.

-No, me las puedo arreglar sola; pero gracias de todas formas. Si no te importa, voy a esperar hasta que el avión se vacíe. Si necesitas sacar algo del compartimento, me puedo apartar.

-No, yo tampoco tengo prisa. Mi primo no suele ser muy puntual -dijo él con una sonrisa.

Su sonrisa era tan sensual que la hacía sentir mariposas en el estómago, pensó Madison mientras miraba alrededor para ver cuánta gente faltaba por bajar. Lo mejor que podía hacer, era alejarse de Stone Westmoreland lo antes posible. Aquel hombre tenía la habilidad de confundirla y para encontrar a su madre necesitaba tener la mente bien lúcida.

-¿Vienen a buscarte del Silver Arrow?

Ella asintió.

-¡Qué pena! -dijo él con total sinceridad-. Iba a ofrecerte para llevarte. Seguro que a Durango no le importaba parar en el camino.

-¿Quién es Durango?

-Es mi primo. Trabaja de guarda forestal en el Parque Nacional de Yellowstone.

Ella abrió los ojos de par en par.

-¿Un guarda forestal? Entonces, tal vez conozca al hombre con el que se fue mi madre -dijo ella, entusiasmada.

«Quizá lo conozca mejor de lo que tú crees», pensó decir Stone, pero no abrió la boca. Aunque el hombre que ella había descrito se parecía horrores a su tío, a Stone le costaba creer que se hubiera llevado una mujer a su montaña. Él siempre se había negado a que ninguna mujer pisara sus tierras. Stone no sabía la verdadera historia de por qué había tomado aquella decisión; pero, el caso era que la había tomado.

-Sí, existe esa posibilidad -dijo, por fin.

-Entonces, si no te importa, me gustaría preguntarle.

-No, no me importa -dijo él con la esperanza de poder hablar él primero con su primo.

-Ya podemos salir.

Las palabras de Madison atrajeron su atención. La observó mientras se ponía de pie y salía al pasillo. La vio sacar su bolso del compartimento y reconoció inmediatamente el diseño distintivo de Louis Vuitton. Sonrió al recordar que a su hermana le había regalado un monedero de esa marca el día de su graduación. Le había sorprendido enormemente el precio, pero al ver lo contenta que se ponía, había pensado que había merecido la pena. Según Delaney, se podía ver lo elegante y distinguida que era una mujer por su monedero. Si aquello era cierto, Madison Winters debía ser una mujer muy

distinguidas porque llevaba todo un bolso.

Se puso de pie y la siguió por el pasillo.

Madison miró hacia delante y, consciente de la presencia de Stone a sus espaldas, sintió que el pasillo tenía varios kilómetros de longitud. Al llegar al final, tuvo que parar bruscamente al encontrarse con el grupo de personas que caminaban delante de ellos. Stone la sujetó por la cintura para que no perdiera el equilibrio.

Ella se volvió y lo miró por encima del hombro.

-Gracias.

-Es un placer.

Ella sonrió pensando que el placer también era suyo. Podía sentir su pecho duro y sólido contra su espalda y su fortaleza era evidente. Era un hombre alto. No se había dado cuenta de lo alto que era hasta que se puso de pie. Era mucho más alto que ella y para mirarlo a los ojos tenía que levantar la cara. Su mirada cortaba la respiración.

Aunque no llevaba ninguna alianza, estaba segura de que tenía que estar comprometido. Era imposible que un hombre como él estuviera todavía libre.

Le había dicho que su primo Durango pasaría a recogerlo. ¿Habría una mujer esperándolo también?

Al salir del avión, caminaron juntos a recoger las maletas.

-¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Montana? -preguntó él.

Ella lo miró a los ojos e intentó ignorar el roce de sus pezones endurecidos contra su blusa.

-Me quedaré hasta que encuentre a mi madre y hable con ella. Espero que no me lleve mucho tiempo. Según el dueño del Silver Arrow, la cabaña donde está mi madre no está muy lejos, pero, como está en las montañas, es de difícil acceso. Va a conseguirme un guía que me lleve. Iremos en coche hasta donde sea posible; después, tendré que seguir a caballo.

El levantó una ceja.

-¿Sabes montar?

Ella sonrió.

-Sí. De pequeña tomé clases. Seguro que subir una montaña es mucho más difícil que pasear con una yegua bien entrenada; pero creo que podré hacerlo.

Stone no estaba tan seguro. Parecía demasiado refinada y delicada.

-¿Hay algo que no entiendo? ¿Cómo llegaría hasta allí mi madre si no sabe montar?

-Probablemente, alguien la llevó detrás, en la grupa del caballo.

Stone no pudo evitar imaginarse a Madison detrás de él en el caballo, pegada contra su cuerpo.

Tuvo que menear la cabeza para alejar aquellos pensamientos. Había ido a Montana para escribir un libro, no para empezar una relación con nadie. De ningún tipo. Aunque, tenía que admitir, que Madison era realmente tentadora.

Cuando salieron a la zona de llegadas, a Stone no le sorprendió no ver a Durango.

-Gracias por hacer que el vuelo fuera más agradable. Gracias a ti me olvidé de que estaba en un avión.

Él decidió no decir lo mismo, pues, por culpa de ella se había dado cuenta del tiempo que llevaba sin tener a una mujer.

-¿Ves a la persona que ha venido a buscarte? -le preguntó, mirando alrededor.

-No. Voy a llamarlos. Allí hay un teléfono.

Stone la vio dirigirse hacia el teléfono. Madison llevaba un traje pantalón que le sentaba de maravilla. Con aquel atuendo, estaba totalmente fuera de lugar en un sitio como Bozeman, Montana. Iba vestida como una ejecutiva en un lugar donde las mujeres llevaban vaqueros. Le encantó el movimiento de sus caderas y cómo su melena le acariciaba los hombros con cada paso.

-No se te puede dejar solo ni un minuto sin que estés persiguiendo a alguna mujer. Aunque ésta tenga un letrero que diga que es una chica de ciudad.

Stone se giró para mirar al hombre que había aparecido a su lado: su primo Durango.

-Hemos viajado juntos desde Atlanta. Es maja.

Durango sonrió mostrando una dentadura perfecta.

-Todas las mujeres son majas.

Stone meneó la cabeza. Todos en la familia sabían que Durango era un conquistador aunque, al igual que su tío Corey y que él mismo, no tenía la más mínima intención de sentar la cabeza.

Y hablan do de Corey...

-¿Cuándo fue la última vez que viste al tío Corey?

La sonrisa desapareció de la cara de su primo.

-Qué casualidad que me preguntes por él -dijo Durango con el ceño fruncido-. Llevo una semana sin verlo y sé que tiene a una mujer en la cabaña.

Aquello no era lo que Stone quería oír.

-¿Estás seguro?

-Completamente. Yo mismo la vi. Es una mujer atractiva. Debe tener unos cuarenta y tantos y tiene acento del norte. Llevan en la cabaña una semana y Corey no contesta al teléfono. Me preguntó qué habrá hecho esa mujer para lograr esos privilegios.

Stone se apoyó en la pared.

-¿Estás seguro de que no es nadie que conozcas?

-Seguro. Sólo sé que se llama Abby y no es nadie de nuestro entorno.

En aquel momento, Stone vio a Madison al lado de ellos. Por la expresión de su rostro, estaba claro que había oído lo que Durango había dicho.

Durango vio que su primo estaba mirando hacia atrás y se giró. Cuando vio la cara de la mujer a la que su primo había seguido con la mirada hacía un momento, no pudo evitar una sonrisa. No le extrañaba nada que se hubiera quedado prendado; era una preciosidad.

Qué pena que su primo la hubiera visto primero.

Durango se presentó él solo al ver que su primo había perdido la voz. Algo en la cara de la mujer le hizo detenerse. Durango conocía bastante bien a las mujeres y ésta parecía enfadada por algo. Sus palabras hicieron que se quedara de piedra.

-Me imagino que la mujer de la que estáis hablando es mi madre.

Estaba claro que los dos hombres eran parientes, pensó Madison. Los dos eran altos, extremadamente guapos y con muy buen tipo. Además, eran bastante parecidos. Tenían el mismo pelo, el mismo tono de piel, los mismos ojos oscuros e intensos y unas bocas bien perfiladas y generosas.

Y a los dos los vaqueros les sentaban como a nadie.

Madison pensó que si hubiera conocido al otro hombre antes, probablemente, habría sentido la misma atracción. Aunque, tuvo que admitir, que en la mirada de Stone había una caballerosidad y una ternura que el otro no poseía.

Enseguida, se dio cuenta de que lo que había dicho le había pillado al hombre por sorpresa; pero Stone no parecía muy sorprendido. Si ya sabía la identidad del hombre por qué no le habría dicho nada.

Stone leyó la pregunta en su mirada.

-No lo sabía, Madison, al menos, no estaba completamente seguro -dijo con tranquilidad-. Aunque pensé que había una posibilidad de que fuera mi tío, no quise preocuparte aún más con mis especulaciones.

Madison dejó escapar un suspiro.

-De acuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

Durango levantó una ceja.

-¿Qué vamos a hacer? Ya bajarán cuando ellos quieran.

A Stone se le escapó una sonrisa al ver la mirada de enfado que Madison le dedicaba a su primo.

-Disculpa a mi primo, Madison. En cuanto se pare a pensar, entenderá tu preocupación por tu madre. Aunque nosotros sabemos que nuestro tío nunca le haría ningún daño, entendemos tu deseo de verlo por tus propios ojos.

Stone se dio cuenta de la sonrisa que afloró a los labios de Durango. Se conocían muy bien y Durango entendió a la perfección que su primo quería que se disculpara.

-Siento haberte molestado, Madison -dijo, ofreciéndole la mano a la chica-. No pensé que estuvieras preocupada por tu madre. Ya que ése es el caso, haremos lo que sea para ayudarte.

Stone dejó escapar un suspiro. Nadie, pensó, podía pasar de ser un fastidio a ser un encanto con tanta rapidez y tanta naturalidad como su primo.

Al comprobar que la mirada de Madison se endulzaba, sonrió. Aunque aquella mirada no iba dirigida a él, no pudo evitar que una corriente eléctrica le recorriera todo el cuerpo.

-Ahora que ya está todo aclarado -decidió intervenir-. ¿Qué os parece si vamos a algún sitio a charlar? Durango, ¿has dicho que conociste a la madre de Madison?

-Sí, cuando Corey paró en el almacén para hacer algunas compras. Incluso tuve ocasión de hablar con ella. Me dio la impresión de que era una señora con mucha clase.

Madison asintió. Apreciaba el comentario de Durango, aunque la actitud de su madre fuera tan poco usual.

-Me gustaría que habláramos, pero, primero, si no os importa, quiero ir al Silver Arrow a dejar el equipaje y a refrescarme.

Durango miró a Stone y Stone descifró el mensaje de sus ojos. Parecía que había ciertas cosas sobre su madre y el tío Corey sobre las que era mejor no discutir. Durango vio que su primo había comprendido y se volvió a mirar a Madison.

-Por supuesto. ¿Va a venir a buscarte alguien o quieres que te llevemos?

-No me gustaría causaros ninguna molestia.

Durango volvió a sonreír.

-No es ninguna molestia; el Silver Arrow está de camino a mi rancho.

Ella sonrió agradecida.

-Muchas gracias; acepto la oferta. El hombre que me contestó al teléfono me dijo que la persona que suele venir a recoger a los invitados estaba enfermo y que estaba intentando encontrar a alguien que lo sustituyera.

Durango asintió y se ofreció para llevarle el equipaje.

Madison ocupó el asiento trasero. Aunque no estaba en Montana por gusto, no pudo evitar admirar la belleza de aquel día de finales de junio. Estaban rodeados por las Montañas Rocosas y los campos estaban llenos de flores silvestres. En muchas ocasiones había oído hablar de la belleza del paisaje de Montana y ahora lo estaba comprobando por sí misma.

Stone vio la admiración reflejada en la cara de la chica.

-¿Cuánto tiempo vas a quedarte después de hablar con tu madre, Madison? -le preguntó por encima del hombro.

Ella dejó de mirar por la ventana y lo miró a él.

-Tenía intenciones de marcharme enseguida; pero, este lugar es precioso -dijo volviéndose a mirar por la ventana-. Ya han acabado las clases y quizá me quede un tiempo. Normalmente, doy clases de música en verano; pero, esta vez puedo hacer una excepción. La verdad es que no me gustaría irme de aquí sin ver el parque de

Yellowstone.

Stone no pudo evitar una sonrisa de felicidad.

-Bueno, si decides quedarte, me gustaría enseñarte esto. Cuando era pequeño solía venir con frecuencia a visitar al tío Corey y conozco la zona bastante bien.

Madison le devolvió la sonrisa.

-Gracias. Quizá acepte. ¿Cómo es tu tío Corey?

Stone miró a Durango y vio la sonrisa de sus labios. El rumor de que el tío Corey podía hacer que la primera Dama dejara de ser una dama era algo que Madison no tenía por qué saber.

Stone no sabía qué decirle; el hecho de que su madre estuviera en la montaña de su tío tampoco tenía mucho sentido para él. Estaba deseando poder hablar a solas con Durango para conocer toda la historia.

-Desde que yo lo conozco, o sea, toda mi vida, siempre ha sido un solitario. No sólo decidió no casarse, sino que, además, nunca ha llevado a ninguna mujer que no fuera de la familia a su montaña. Me imagino que hay veces en las que las cosas no siguen ninguna lógica, Madison. Y éste parece ser uno de esos casos. Igual que tu madre está actuando de manera inusual, lo mismo pasa con mi tío.

Un pensamiento cruzó por la mente de Stone.

-¿Crees que pueden conocerse?

-Eso lo explicaría todo. Pero si tu tío nunca ha ido a Boston me parece bastante difícil. Mi madre y mi padre estuvieron juntos desde el instituto y se casaron en cuanto acabaron la universidad. Yo nací dos años más tarde -decidió no decir nada sobre la infelicidad de sus padres; aunque ellos se habían esforzado en demostrar lo contrario.

-Entonces, podría haber otra razón para su locura -dijo Stone con suavidad.

-¿Y qué razón es ésa?

-Atracción a primera vista.

Madison abrió los labios para negarlo, pero se contuvo. Ella la había sentido por Stone, así que, negarlo no sería muy honesto.

Al rato dijo:

-Seguro que eso es posible, ¿pero crees que puede haber algo tan poderoso que haga que dos personas maduras actúen de manera tan impulsiva e irracional?

Stone no pudo evitar una sonrisa. Parecía que Madison no estaba acostumbrada a que la gente actuara de forma impulsiva. Pensó en sus hermanos; si ella conociera a su familia...

-Créeme, Madison, esas cosas pasan. Un día le hablaría de sus hermanos. Dare siempre había sido contrario al matrimonio y su boda los pilló a todos por sorpresa. Aunque, tenía un motivo bastante fuerte: Shelly era el amor de su vida. Cuando volvió al pueblo diez años después de su marcha, y con un hijo del que Dare no sabía nada, era comprensible que volvieran a estar juntos y formaran un hogar para su hijo.

Sin embargo, para el matrimonio de Thorn no había explicación. Era el último Westmoreland que nadie se hubiera imaginado casado y era el primer ejemplo de lo que

la atracción a primera vista podía hacer si uno no tenía cuidado.

-Bueno, no creo que nada así pueda pasarle a mi madre. ¿Tiene tu tío teléfono para avisarla de que estoy aquí?

Durango, que había estado callado todo el viaje, acabó su silencio con una carcajada.

-Llevo toda la semana intentando localizarlo para recordarle que llegaba Stone, pero no contesta.

-¿Cómo? ¿Y si les ha pasado algo? -preguntó ella alarmada—. ¿Y si...?

-¿Y si no quieren que nadie los moleste? -sugirió Stone.

Ella lo miró a los ojos y él, por su expresión, dedujo que en su mente se estaban barajando numerosas posibilidades; pero las rechazaba al instante.

En algún momento, tendría que admitir que su madre había decidido prolongar sus vacaciones porque quería y no porque nadie la hubiera obligado. Y lo mismo se podía aplicar a sus motivos para estar en la montaña. Tarde o temprano, Madison tendría que admitirlo.

No le respondió. En lugar de eso, se puso a mirar el paisaje.

Stone tomó aliento y se giró hacia delante. Al menos, le había hecho pensar y, tal vez, eso fuera lo mejor por el momento.

Capítulo Tres

«¿Y si mi madre no quiere que la molesten como ha sugerido Stone?»

Aquella pregunta se la hizo Madison mientras miraba a las montañas y a los pastizales verdes. No podía evitar pensar en todas las cosas que sabía de su madre.

Siempre se habían llevado muy bien, aunque, había cosas que una madre no le contaba a su hija y ella era lo suficientemente inteligente para saberlo. Por eso, no le sorprendió llegar a la conclusión de que nunca había pensado en su madre como una persona con apetencias sexuales. Para ella, simplemente era «mamá».

El comentario de Stone la obligaba a ver a su madre desde otra perspectiva.

Estaba segura de que, desde la muerte de su padre, no había mostrado interés en ningún hombre; normalmente, sólo salía con amigos de la familia. Desde luego, ni siquiera se había planteado si eso era bueno o malo.

Aunque, tanto Durango como Stone habían tenido mucho tacto con el tema; estaba claro que pensaban que su madre y el tío de ellos tenían algún tipo de romance.

Si eso era cierto, estaba dispuesta a averiguar cómo aquel hombre había logrado tentar a su madre de esa manera.

De repente, sintió los labios secos y se los humedeció.

Cuando Stone le había sugerido una atracción a primera vista, ella había sabido a qué se refería. Desde que lo había mirado a los ojos en el avión, había sentido una atracción instantánea que nunca antes había experimentado.

Cada vez que él la miraba, sentía algo extraño en su interior que nacía en el pecho y rápidamente se deslizaba hacia abajo. Su respiración se aceleraba al pensar que podía tocarlo de manera íntima, como había sucedido en el avión. Sólo con recordarlo, sentía un cosquilleo en la mano. Y su voz... su voz la había cautivado desde la primera vez que se había dirigido a ella. Dejó escapar un suspiro.

Considerando su estado actual, debía llegar cuanto antes al rancho para alejarse de él y recuperar el control. Tenía que recordar el motivo por el que estaba allí y olvidarse de Stone.

Pero... ¿y qué pasaría cuando el asunto de su madre estuviera resuelto? La tentación era inmensa.

-No teníais que haberme ayudado con las maletas -dijo Madison, mirándolos mientras dejaban el último bulto junto a la cama.

En cuanto llegaron al Silver Arrow, los dos se habían empeñado en ayudarla con sus cosas en lugar de dejarle ese trabajo a algún empleado. El rancho tenía bastantes cabañas, casi todas alejadas de la casa principal. Guy Jamison, el dueño, le había dicho que en cuando se hubiera instalado la llevaría a dar una vuelta por el rancho. Le informó sobre el horario de las comidas y le dijo que pronto le diría cuándo estaría el guía listo

para llevarla arriba de la montaña.

La cabaña que le había asignado estaba situada entre un grupo de árboles y parecía más aislada que las otras.

Después de ayudarla, Durango se despidió y se marchó discretamente a esperar a Stone en el coche.

Ella miró alrededor, intentando olvidarse de Stone y de lo mucho que le gustaba. En la habitación había un pequeño escritorio, una cómoda, dos mesillas y la cama más grande que había visto en la vida.

-¿Te gustaría cenar con Durango y conmigo?

Ella tomó aliento y decidió hablar con claridad.

-El único motivo por el que estoy aquí es mi madre, Stone, y cuando resuelva ese asunto decidiré si quiero hacer algo más. Lo más probable es que vuelva a Boston lo antes posible.

Él asintió; la había entendido a la perfección.

-De acuerdo -dijo lentamente caminado hacia ella-. Si eso lo has dicho para decirme que necesitas tiempo para pensar, está bien. Tómate todo el tiempo que quieras.

El también necesitaba tiempo. ¿Por qué Madison lo encendía como ninguna otra mujer? ¿Y por qué sentía la necesidad imperiosa de saborear su piel?

En el pasado, sus novelas habían sido el centro de su vida. Pero, ahora, aquella mujer se apoderaba de él. Simple y llanamente, la deseaba con todo su ser.

-¿Puedo dejarte algo en lo que pensar? -preguntó él con calma.

Madison lo miró fijamente a los ojos durante un instante. Con intensidad. Se preguntó de qué estaría hablando y decidió arriesgarse; con Stone se sentía segura.

-Sí, puedes dejarme algo en lo que pensar.

Él alargó una mano y le tocó la barbilla. Quería que ella supiera cuáles eran sus intenciones, por si quería parar lo que él está a punto de comenzar.

Ella mantuvo la mirada fija y no hizo ningún intento por alejarse. Mientras tanto, su respiración se volvió tan agitada como la de él.

Entonces, él inclinó la cabeza.

Madison sintió un vuelco en su interior en el momento en que sus bocas se juntaron y el calor de su piel la inundó al apretarla entre sus brazos. Enseguida, sintió que la sangre le hervía de deseo.

Nada la previno para aquella oleada de emociones que la recorrieron de la cabeza a los pies cuando abrió la boca y él introdujo su lengua. » Aquello era algo para lo que ella no estaba preparada. Nunca la habían besado así.

Era un beso suave y tierno, y, a la vez, tan apasionado que hacía que sintiera una presión en el pecho casi insoportable.

Y cuando el beso se hizo más intenso y él capturó su lengua, ella agradeció que la tuviera bien sujeta porque estaba segura de que se habría caído redonda.

Saboreó la dulzura cálida de su boca mientras la llevaba al límite de la razón, a un nivel

donde la sofisticación y la pose no tenían cabida. Donde uno se olvidaba de lo que era apropiado o no.

Mientras sus lenguas se entrelazaban, se batían y se unían, a ella le embargaron unos sentimientos y unas emociones que nunca antes había sentido, adentrándola en una sexualidad que ni siquiera sabía que existía.

Y cuando él se separó, ella tomó aliento y lo miró con la respiración entrecortada. En su mirada había tal intensidad que ella supo que habían compartido algo más que un simple beso. Entonces, comprendió que lo que estaba sucediendo entre ellos, probablemente, no se diferenciaba mucho de lo que había sucedido entre su madre y su tío: atracción a primera vista. Una atracción capaz de golpear a dos personas desde el primer instante, obligándolas a hacer lo impensable.

Madison dejó escapar un suspiro y, de manera inconsciente, se pasó la lengua por los labios, saboreando la humedad remanente de la boca de él. Sintió unas punzadas de deseo intensas y supo que Stone Westmoreland era un hombre peligroso.

Peligroso para su sentido común.

Aunque tenía que halar con Durango, no podía hacerlo esa noche. Necesitaba tiempo para pensar y aclarar sus ideas. En aquel momento, sólo podía pensar en el beso que le había dado Stone y cuánto deseaba continuar.

-Creo que no sería una buena idea quedar con Durango y contigo esta noche -dijo ella.

No importaba que estuviera deseando saber algo sobre su madre, también necesitaba poner espacio entre ese hombre y ella porque las emociones que le provocaba eran tan intensas como nuevas y la asustaban.

-Quiero instalarme primero y pensar en unas cuantas cosas -añadió-. ¿Podemos quedar mañana por la mañana? Me gustaría ponerme en contacto con mi madre para decirle que estoy aquí.

El sostuvo su mirada.

-Mañana está bien, Madison. Dile a la señora que está en recepción que llame a Durango y yo vendré a recogerte.

-De acuerdo.

El la miró fijamente durante unos segundos más, después, sin decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

Stone se puso de pie para ayudar a Durango con los platos.

-Me resultó realmente extraño ver al tío Corey actuar de esa manera, como si fuera un quinceañero enamorado. Y no quise decir nada delante de Madison, pero su madre estaba comportándose de la misma manera. Aunque se notaba que era una dama con mucha clase.

Stone meneó la cabeza.

-Bueno, Madison está dispuesta a encontrar respuestas. Creo que le he dado algo en lo

que pensar antes y creo que ha aceptado que su madre y el tío Corey tienen un romance; pero todavía necesita saber por qué.

Durango levantó una ceja y se apoyó en la mesa.

-¿Qué hay que comprender? El deseo es el deseo.

Stone dejó escapar un suspiro. Desde luego, Durango no hablaba con tapujos.

-Bueno, está claro que el deseo, como tú lo ves, no es algo que Madison asocie a su madre.

Durango sonrió.

-Entonces, vas a ser tú el que tenga que explicárselo. Si necesitas mi ayuda...

-Ni lo pienses -dijo con un gruñido. Durango se rió.

-¡Oye, que sólo estaba bromeando! Desgraciadamente, Stone conocía a su primo demasiado bien y sabía la atracción que sentía por las chicas de la ciudad.

-¿Quieres que te ayude a fregar los platos?

-No. Para eso está el lavavajillas. Si quieres podemos volver a llamar al tío; pero, creo que han desconectado el teléfono.

Stone probó de todas formas; pero, después de varias tentativas, desistió.

-¿Crees que la madre de Madison habrá intentado ponerse en contacto con ella?

-Ya lo hizo. ¿No dijo Madison que le había dejado un mensaje en el contestador?

-Sí, pero creo que debería haber intentado hablar con Madison directamente para que no se preocupase.

Durango levantó una ceja.

-Y yo creo que una señora de cincuenta años no tiene que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a su hija. Especialmente, cuando ya le ha dicho que está bien -agarró una manzana del frutero y le dio un mordisco-. ¿Sabes lo que pienso, Stone?

Stone se encogió de hombros; con miedo a preguntar.

-No, Durango, ¿qué piensas?

-Creo que el motivo por el que Madison está tan preocupada por la vida amorosa... o sexual de su madre es porque ella no tiene una propia.

Stone no pudo evitar sonreír.

-¿Que no tiene qué? ¿Vida amorosa o sexual?

-Ninguna de las dos. Y creo que ahí es donde entras tú.

Stone se cruzó de brazos.

-¿Y qué tengo que hacer?

Durango sonrió.

-Darle a la dama una prueba de las dos.

Stone resopló. Sólo alguien como Durango, que tenía una opinión muy pobre sobre el amor y el matrimonio, se le ocurría decir algo así. Stone, aunque no tenía planes de casarse ni de asentar la cabeza, sí creía en el amor. El matrimonio de sus padres era un

buen ejemplo. Igual que el matrimonio de sus hermanos.

-Creo que voy a pasar unas horas en el jacuzzi que tienes ahí fuera, si no te importa.

-En absoluto,

Veinte minutos más tarde, Stone estaba sentado cómodamente en el jacuzzi que Durango tenía en el jardín de su casa. Bajo las tierras de su primo corrían una serie de manantiales de agua caliente y lo primero que hizo cuando se compró el rancho, fue construir el jacuzzi. En él cabrían unas cinco personas y la temperatura del agua era perfecta, pensó Stone sintiendo cómo estimulaba sus músculos.

Cerró los ojos y lo primero que se le pasó por la cabeza fueron imágenes de Madison. Quizá Durango tenía razón y Madison debería confiar en su madre; pero si algo había descubierto sobre ella en el poco tiempo que la había tratado era que se preocupaba por las personas a las que quería.

Quizá también tenía razón cuando decía que lo que Madison necesitaba era a alguien en su vida que ocupara su tiempo para dejar de preocuparse por su madre.

Stone tomó aliento, no sabía nada de ella. Quizá ya tuviera a alguien en Boston. En seguida, alejó aquel pensamiento de su mente. Madison no era el tipo de mujer capaz de besar a un hombre si ya tenía pareja. Y ella lo había besado. Y vaya cómo lo había besado. Todavía le duraban los efectos de aquel beso. Aún podía saborearlo. El potaje de ternera de Durango no había bastado para erradicar el sabor de ella de su boca.

-Stone, tienes una llamada.

Stone abrió un ojo y miró a su primo, de pie, a escasos centímetros y con una botella de cerveza en la mano.

-¿Quién es?

-Tu chica de la ciudad.

Stone abrió los dos ojos y se echó para delante al descubrir de quién estaban hablando.

-¿Ha dicho qué quería?

Durango se apoyó en la puerta con una sonrisa picara.

-No, pero me dio la impresión de que te quería a ti.

Madison esperó la llamada de Stone paseándose de arriba abajo. Cuando decidió que ya había caminado bastante, se dejó caer en la silla más cercana pensando en lo que Frank le había dicho hacía menos de media hora. Frank era el marido de una buena amiga suya y un excelente detective privado.

Además, también estaba el recado que había escuchado de su madre cuando llamó a su apartamento para escuchar los mensajes de su contestador.

Madison dio un salto al escuchar un golpe en la puerta y se preguntó quién podría ser. Era tarde y la mayoría de los clientes y de los empleados ya debían estar durmiendo. Tenía que recordar que aquello no era Boston y que estaba prácticamente sola.

Se dirigió hacia la puerta.

-¿Quién es?

-Soy Stone, Madison.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio al escuchar la voz familiar y se apresuró a abrir la puerta.

-Stone, estaba esperando tu llamada. No me imaginaba que vendrías en persona -dijo mientras lo dejaba pasar.

Se alegraba de haberse puesto un caftán después de la ducha. Así estaba bastante aceptable para recibir compañía.

Stone entró y cerró la puerta.

-Durango me dijo que parecías preocupada así que pensé que sería mejor venir a verte -dijo observándola detenidamente, sus facciones parecían tensas y preocupadas-. ¿Qué ha pasado?

Ella tomó aliento y se frotó las manos nerviosa.

-No sé por dónde empezar.

Stone la miró preocupado.

-Por, donde quieras. Pero, primero, siéntate. Después, cuéntame qué ha pasado.

Ella cruzó la habitación para sentarse en un extremo de la cama mientras él se sentaba en un sillón.

Aunque no se lo había esperado, agradecía que hubiera ido a verla en lugar de llamarla. Levantó la cara y se encontró con su mirada. Otra vez, volvió a sentir la fuerte corriente que pasaba a través de ellos y se preguntó si él también la sentiría.

Apartó aquel pensamiento sobre la química que existía entre ellos y comenzó a hablar.

-He llamado a mi apartamento de Boston para escuchar mis mensajes y he descubierto que mi madre me había llamado.

Stone levantó una ceja.

-¿En serio? ¿Qué decía?

Madison suspiró.

-Decía que sentía mucho no poder hablar conmigo, pero que quería que supiera que estaba bien y que...

Stone esperó a que ella acabara, pero ella pareció dudar.

-¿Y?

Durante unos segundos, no se escuchó ningún ruido en la habitación. Entonces, Stone asintió; estaba claro que el mensaje le había afectado.

-Bueno, al menos ya sabes que está bien.

Madison negó con la cabeza y él esperó.

-No, no lo sé. Estoy más preocupada por ella que antes. Hay otra cosa que creo que deberías saber.

-¿De qué se trata?

Madison se puso de pie lentamente y se paseó por la habitación.

-Sé que Durango y tú habéis intentado convencerme de que vuestro tío es un hombre honesto y decente; pero yo tenía que asegurarme. Tenía que descubrir todo lo que fuera posible para poder comprender por qué mi madre se está comportando de esta manera. Una amiga mía, también profesora, está casada con un detective privado. Después de que te marcharas, lo llamé y le di el nombre de tu tío.

Stone se reclinó en su asiento.

-¿Y?

Madison tragó con nerviosismo.

-Y, según Frank, al meter el nombre de tu tío en la base de datos, salió que otra agencia de detectives de Texas también estaba recabando información sobre él.

Stone frunció el entrecejo.

-¿Estás intentando acusar a mi tío...? -preguntó furioso.

-No, no lo estoy acusando de nada. Frank incluso me dijo que estaba limpio y que no estaba fichado ni nada por el estilo. Sólo pensé que era extraño y creí que debías saberlo.

Stone miró a Madison y, después, se puso de pie.

No sé qué interés pueden tener en él, Madison. Corey Westmoreland es uno de los mejores hombres que conozco. Reconozco que quizá sea un poco raro, pero le confiaría mi vida.

Madison escuchó el enfado en el tono de Stone, aunque se notaba que se estaba controlando. Se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

-Yo no estaba insinuando que no fuera...

-¿Ah, no? También creo que hasta que no hables con tu madre y no veas por ti misma que no está con ningún loco, no te quedarás tranquila.

Incapaz de controlarse, Stone le apartó un mechón de pelo de la cara. Sus ojos estaban rodeados por una líneas de tensión y la boca que había besado antes estaba rígida.

-Y yo pienso darte esa tranquilidad. Te llevaré a que veas a tu madre.

Sus palabras tuvieron un efecto inmediato sobre Madison y Stone notó cómo se relajaba.

-¿En serio? -preguntó precipitadamente con el corazón latiéndole a toda velocidad.

-Sí. Te llevaría mañana mismo, pero primero hay que comprar algunas cosas para el viaje. Iremos en la camioneta hasta el rancho de Martín Quinn y después seguiremos a caballo el resto del camino.

Madison asintió, intentando ocultar el alivio que sentía. Odiaba tenerlo que admitir, pero Stone tenía razón: no se quedaría tranquila hasta que no viera a su madre y hablara con ella.

-Te recogeré mañana por la mañana para llevarle a la ciudad. Vas a necesitar algunas

cosas para el viaje.

-Gracias, Stone -fue todo lo que pudo decir. Sintió que algo le oprimía el pecho al ver que sus palabras de agradecimiento no suavizaban las líneas alrededor de sus ojos. Obviamente, todavía estaba enfadado con ella por lo que había insinuado sobre su tío.

-De nada. Hasta mañana.

Y sin decir nada más, cruzó la habitación y se marchó.

Capítulo Cuatro

Quienquiera que fuera el que dijo que puedes sacar a una chica de la ciudad pero no puedes sacar a la ciudad de la chica debía haber conocido a una mujer como Madison Winters, pensó Stone. Estaba sentado en una silla con las piernas estiradas mientras la observaba preparar el equipaje.

Aquella mañana, habían ido al almacén a comprar lo que iban a necesitar; que había sido mucho. Cuando ella le informó sobre la ropa que había llevado, no le sorprendió descubrir que casi todo era ropa de vestir, en su mayoría de firma, y que no incluía nada que sirviera para subir a la montaña. Cuando fueron a la ciudad, ella estuvo de acuerdo en comprar algunos vaqueros, camisetas, camisas de franela, un par de jerseys, una chaqueta de lana, calcetines fuertes y, sobre todo, unas buenas botas para andar. También le recomendó que se comprara un sombrero de ala ancha pues, aunque las noches eran frías, por el día hacía calor.

También se encargó de comprar comida y un par de sacos de dormir, y de alquilar la camioneta que los llevaría hasta el rancho de Quinn.

Stone no pudo evitar una gran sonrisa. Realmente era mucho más que una mujer guapa; era fascinante. Incluso se atrevería a decir que le intrigaba, especialmente, en aquel momento, mientras contemplaba su reflejo en el espejo, como si pensara que nunca se acostumbraría a llevar vaqueros.

¡Diablos! El tampoco creía que se fuera a acostumbrar nunca. Había visto a muchas mujeres con vaqueros en su vida; pero a ninguna le quedaban como ella; como si se los hubieran diseñado en exclusiva.

Cualquier otro hombre habría dicho que tenía buen cuerpo; pero el escritor que había en él iba mucho más lejos: «ella era un placer del verano y un tesoro del otoño. Una belleza que cortaba el aliento. Tan cautivadora como un campo lleno de tulipanes y narcisos bajo el espectacular cielo de Montana».

-¿Crees que lo llevo todo, Stone?

Sus palabras interrumpieron sus divagaciones. Stone miró hacia la cama y pensó que llevaba demasiadas cosas; pero ya sabía que eso era lo normal en una mujer. De momento, subirían con todo, aunque, después, tuvieran que dejar algo en el rancho de Quinn. El ascenso a la montaña era bastante peligroso y no podían cargar demasiadas cosas en la grupa de un caballo.

—Sí; está bien —confirmó él mientras se ponía de pie—. He llamado a Martín Quinn y le he dicho que llegaríamos mañana a mediodía. Pasaremos allí la noche y, después, comenzaremos el ascenso justo después de desayunar. Si todo va bien, sólo tendremos que pasar una noche a la intemperie.

Madison levantó una ceja.

-¿Vamos a tardar dos días en llegar al rancho?

-Sí, a caballo. Durante las horas centrales del día hace demasiado calor para viajar; además, tendremos que dejar descansar a los caballos de vez en cuando.

Madison asintió. Después, se aclaró la garganta.

-Stone, me gustaría darte las gracias...

-Ya me las has dado -dijo él, agarrando el sombrero de vaquero que acaba de comprar.

-Lo sé, pero también sé que al llevarme a casa de tu tío te estoy robando mucho tiempo.

La miró y reconoció el calor líquido que fluía por sus venas desde el momento que la conoció.

-No te preocupes por nada -la tranquilizo, obligándose a ignorar lo bien que olía—. De todas formas, tenía planeado ir a visitar al tío Corey mientras estuviera aquí; así que, éste es tan buen momento como cualquier otro.

-Entiendo.

Stone dudaba de que entendiera nada. Si así fuera, se pensaría dos veces lo de pasar tanto tiempo a su lado durante los próximos tres días. Si tuviera los ojos bien abiertos, vería que la deseaba con una pasión tan arrolladora que era casi palpable.

La fragancia de Madison le recordaba a todo lo que una mujer debía ser; era la sensualidad en persona.

No podía creerse que sólo la conociera desde el día anterior. Sus ojos eran tan cautivadores que le habían robado el aliento. Desde entonces, una corriente sensual los había invadido cada vez que se habían mirado, dejándolos con las piernas flojas por el deseo. Nunca había sido tan consciente de una mujer en su vida.

-Bueno, pues, entonces, eso es todo por hoy.

Sus palabras atravesaron sus pensamientos, recordándole que se había puesto de pie para marcharse, pero que todavía no se había movido ni un centímetro.

-Sí; creo que eso es todo, excepto por tu actitud con respecto a algunas cosas.

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella, levantando la barbilla.

Le encantaba cuando se enfadaba; se ponía más sexy si cabía. Pero por muy sexy que se pusiera, tampoco quería que se enojara demasiado.

-Quiero decir, que antes de que vayamos a casa del tío Corey, tienes que hacerte a la idea de lo que podemos encontrar allí, Madison.

Ella apartó los ojos y él supo que lo había entendido. Entonces, ella levantó la cabeza y lo miró de frente.

-Sé a qué te refieres, Stone. Pero, no sé si voy a lograrlo; es mi madre -dijo ella con calma. Stone mantuvo su mirada con intensidad.

-Es una mujer adulta y está capacitada para tomar sus propias decisiones -se atrevió a decir él. Ella dejó escapar un suspiro y él presintió las emociones que la embargaban.

-Pero, es que... Ella nunca ha hecho nada así.

-Siempre hay una primera vez para todo -él, mejor que nadie podía decir aquello. Hasta el día anterior, ninguna mujer lo había obnubilado como ella lo había hecho. No era que estuviera muy contento con ello; de hecho, se sentía bastante desconcertado. Pero era lo suficientemente maduro como para aceptarlo. El era un hombre que intentaba ver las cosas con lógica, sin complicaciones y, desde luego, sin hacer mucho lío. Aceptaba las cosas fácilmente y sabía dejarse llevar.

Madison era una mujer muy deseable y él era un hombre con la sangre caliente. Desde el principio, había reconocido que unirse a ella podía ser como echarle queroseno al fuego. El resultado: combustión total.

El único problema con esa imagen era que él ya había tomado algunas decisiones sobre su vida y no pensaba cambiarlas. Una de ellas era que no pensaba tener ninguna relación seria con ninguna mujer.

Al ver su mirada de incertidumbre, supo que estaba muy lejos de aceptar que su madre y el tío Corey fueran amantes. Por extrañamiento que pareciera, él ya se había hecho a la idea y ella también tendría que hacerlo.

-Te sugiero que duermas bien -le dijo él, caminado hacia la puerta con la intención de salir sin mirar atrás.

Pero no pudo.

Se giró, alargó una mano y la atrajo hacia él. Después, la rodeó por la cintura y ella apoyó la cabeza en su pecho.

En alguna parte de su interior, Stone supo que ella necesitaba ese abrazo. De igual manera sintió que también necesitaba un beso.

Una ternura alimentada por la ardiente llama del deseo lo recorrió de arriba abajo, haciendo que su pulso se acelerara y su cuerpo se endureciera. Su boca era tan sensual que le hacía soñar con sábanas de seda, con velas y música suave. Soñó con acariciarla todo el cuerpo, con la boca y con las manos, hasta que ella gimiera su nombre. Después, se tumbaría sobre ella y la penetraría. Dentro, fuera, dentro, fuera... Con la misma cadencia que estaba utilizando con su lengua. La noche anterior, su cuerpo, tenso por el deseo, no le había dejado descansar. Esa noche y la siguiente, y las que vendrían a continuación, le iba a suceder lo mismo.

Después de un rato, se apartó y apoyó la cabeza sobre ella. Aquellos besos eran tan excitantes como agotadores.

-¿Stone?

Él tomó aliento e intentó relajarse, pero el aroma de ella era tan penetrante que le resultaba casi imposible.

-¿Sí?

-¿Esto no está bien, verdad?

El se rió.

-Yo no me estoy quejando, Madison.

-Sabes a qué me refiero.

-Sí, sabía exactamente a qué se refería.

-Si pensara como tú, que lo más importante es centrarse en tu madre y el tío Corey y no en nosotros, entonces, tengo que darte la razón: esto no está bien. Pero como no pienso como tú porque creo que lo que suceda entre ellos es asunto suyo y que tú y yo deberíamos centrarnos el uno en el otro; entonces, tengo que reconocer que esto está muy bien.

El le dijo aquello sintiendo una oleada de emociones que lo recorría. Emociones a la que

no estaba acostumbrado. Una parte de él se sentía desorientado. Totalmente confundido. Completamente alerta.

La mujer que tenía entre los brazos era tan embriagadora como el whisky más fuerte, le calentaba el cuerpo y hacía que la cabeza le diera vueltas.

-Voy a dejar que tú decidas cómo manejar esta situación, Madison. Yo te aconsejo que te lo pienses esta noche y mañana me comuniques tu decisión.

Se inclinó sobre ella y la volvió a besar con un beso tan tierno y tan apasionado como el anterior. El se obligó a separarse, la soltó, abrió la puerta y salió a la fría noche de Montana.

La mañana siguiente, Madison le abrió la puerta aferrada con fuerza a sus decisiones. Los ojos que se encontró eran cálidos y directos y sintió que su aplomo se desvanecía.

«¿Cómo voy a lograr mantener mi decisión de que nada debe suceder entre nosotros?»

De las dos decisiones que había tomado, aquélla había sido la más difícil, recordó mirando al hombre sexy, fuerte y lleno de vida que tenía delante de ella. Y también sería la más difícil de mantener. Stone no era un hombre al que ninguna mujer pudiera ignorar y ella iba a tener que estar a solas con él durante unos días.

-Llegas temprano -logró decir. A la luz del amanecer, buscó en los ojos de él y sólo vio el calor del deseo. Y, en ese momento, supo que si ella fuera lo suficientemente atrevida como para arriesgarse y probar, aquel hombre podría introducirla a la pasión más ardiente.

Estaba realmente guapo con sus vaqueros, sus botas camperas, su camisa de franela y su sombrero vaquero. No parecía el escritor que era si no un vaquero recio de las montañas. Pero, además, había otra cosa en él que la atraía de manera irremediable y que no era su apariencia. Era el hombre en sí. Había en él una profundidad que nunca había visto en ningún hombre. Había una seguridad que no tenía nada que ver con la arrogancia y una amabilidad distinta al sentido del deber. Hacía las cosas por pura generosidad y porque le preocupaban los demás. Y ella se sentía fiel a él. La mujer que él eligiera sería muy feliz. Cedric podría aprender unas cuantas cosas de Stone Westmoreland.

Él sonrió.

-Pensé en comprar algo de comida en el camino -dijo él interrumpiendo su línea de pensamiento. Ella suspiró, agradecida de que lo hubiera hecho. Podía haberse quedado allí, mirándolo todo el día.

Le ofreció una sonrisa. Una parte de ella se sintió tentada a ofrecerle más. El tenía aquel efecto sobre ella.

-Sólo tengo que ir por mi equipaje.

-Yo lo haré -dijo él, entrando en la cabaña e, inmediatamente, llenando el espacio con su calor. Todos los sentidos de ella fueron conscientes del hombre. Lo miró mientras él observaba la línea de bolsas al lado de la cama. Después, se giró y lo oyó lanzar un

juramento entre dientes antes de dirigirse hacia ella.

-No sé qué decisiones habrás tomado sobre nosotros -le dijo en voz baja-. Pero me he pasado toda la noche pensando en ti y juré que en cuanto te viera esta mañana tenía algo que hacer.

-¿Qué? -preguntó ella intentando ignorar el aroma seductor de su colonia y el ritmo acelerado de su propio corazón.

-Besarte.

Madison contuvo el aliento y, antes de que pudiera soltarlo, Stone capturó su boca con la de él. En cuanto sus lenguas se tocaron, ella supo que recordaría hasta el último detalle de aquel beso dulce y embriagador. Especialmente, esa forma de jugar con su lengua. Stone era el hombre que mejor besaba del mundo, insuperable, sobresaliente. Ella le echó los brazos alrededor del cuello, sobre todo, para evitar caerse desmayada. El hacía que se sintiera sexy, femenina y deseable; algo que Cedric nunca había hecho.

Al rato, cuando él se separó y la miró directamente a los ojos, ella no pudo evitar preguntarle:

-¿Has tenido bastante?

-Ni por asomo -dijo él con calidez contra los labios húmedos de ella y volvió a besarla. ¡Qué diantrel, pensó ella. Cuando le comunicara su decisión, ya no la besaría más; así pues, más le valía aprovechar aquella ocasión.

Su sentido común intentó ganar terreno; pero no tuvo la determinación suficiente para lograr que ella se apartara. Su lado práctico le recordaba que acababa de conocer a Stone hacía sólo dos días. Su lado más pasional le rebatía que en sólo dos días quizá lo conocía mejor de lo que había llegado a conocer a Cedric en tres años. Stone lo tenía todo y sus besos eran indescriptibles.

Sintió que el deseo la invadía de forma que no lo podía controlar. Pero, entonces, Stone volvió a apartarse de ella y ella, a regañadientes, dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

-Será mejor que lleve tu equipaje a la camioneta -le dijo él, sin poder apartar los ojos de ella.

-Buena idea. No creo que debamos establecer más contacto físico hasta que hablemos -dijo ella con suavidad, intentando aferrarse a la decisión que había tomado aquella mañana. La misma decisión que aquel beso había hecho tambalearse.

Él arqueó una ceja.

-¿Has tomado decisiones?

-Sí.

Él asintió y fue por el equipaje.

-Háblame de ti Stone. Me encantaría que me contaras cosas sobre tus libros.

Stone miró al otro lado del asiento y se encontró con la mirada inquisitiva de Madison. Llevaban en la carretera más de una hora y ella todavía no le había hablado de las decisiones que había tomado. Incluso cuando pararon para tomar un café, ella no sacó el tema. En lugar de eso, habló de lo bonito que era el paisaje, de lo que había disfrutado enseñando o sobre su viaje a París del mes anterior. Estaba retrasando el momento de la verdad; los dos lo sabían.

-¿Quieres que te hable de Stone Westmoreland o de Rock Masón?

Ella lo miró sonriente.

-¿No son la misma persona?

-No. Para las personas que conozco soy Stone y para mis lectores Rock. Me inventé un nombre para salvaguardar mi intimidad. Bueno, en realidad, el nombre se lo inventó mi hermana Delaney. En aquella época tenía dieciocho años y pensó que sonaba «guay».

Ella asintió.

-¿Y tú quién eres?

-Stone.

Ella volvió a asentir. Y aunque había decidido no entrar en ese tema, no pudo evitarlo.

-¿Quién me besó?

Él la miró.

-Stone -se apartó de la carretera y paró el coche-. Quizá tenga que explicarte algunas cosas, Madison. Primero, que no tengo doble personalidad. Soy una sola persona. Yo escribo para entretener. Me gusta hacerlo y me pagan bien por eso. Cuando acabo un libro, me siento satisfecho por el trabajo cumplido. Soy una persona con fuertes valores morales sobre ciertas cosas. Un hombre orgulloso de ser negro y amante de su familia. Tengo mi trabajo y mi tiempo libre. Para mi trabajo, soy Rock Masón y para mi vida privada, Stone. A ti te considero parte de mi vida privada.

Una vez dicho aquello, arrancó el coche y volvió a la carretera.

Madison soltó el aliento. Sólo pensar que la consideraba parte de su vida privada hacía que sintiera que el corazón le iba a estallar.

-Entonces, háblame de la vida privada de Stone Westmoreland.

Aquella sugerencia hizo que frunciera el ceño. Recordaba la última vez que una mujer le había preguntado aquello. Había sido Noreen Baker, una periodista que le había hecho una entrevista para la revista *El hombre de hoy*. Noreen era una mujer muy atractiva pero también muy prepotente. No le había gustado ni su estilo ni ella. Al final, no logró hacerle la entrevista. Aunque él era un hombre muy tranquilo, si alguien le fastidiaba podía convertirse en una persona difícil. Así que, le había negado la entrevista y se la había concedido a otro periodista.

-Tengo treinta y tres, treinta y cuatro en agosto. Estoy soltero, nunca me he casado y no pienso casarme.

Madison levantó una ceja.

-¿Por qué?

-Es por el tema de la responsabilidad. Me encanta estar soltero, ir adonde quiero

cuando quiero. Además, al ser escritor, necesito viajar mucho para recabar información, para firmar libros, para relajarme, para aclarar mi mente... No soy responsable de nadie, sólo de mí mismo y eso me gusta.

Madison asintió.

-¿Así que, no hay nadie especial en tu vida?

-No -dijo él; aunque pensó que ella era bastante especial.

-¿Qué me dices de tu familia?

-A mis padres les va muy bien. Mi padre tiene una empresa de construcción que levantó mi abuelo. Tiene un hermano gemelo.

-¿Quién?

-Mi padre. Mis dos hermanos, Chase y Storm, también lo son. Al igual que dos de mis primos.

-¿Son gemelos idénticos? -preguntó ella fascinada.

-No, gracias a Dios. No podría imaginarme a otro como Storm; es de armas tomar.

-¿Cuántos hermanos tienes?

-Cuatro hermanos y una hermana. Delaney, es la pequeña.

Madison se quedó pensativa.

-¿Delaney Westmoreland? ¿Dónde he oído ese nombre antes?

-Quizá hayas leído un artículo sobre ella en la revista *People*. Hace una año y medio se casó con un príncipe de Oriente Medio.

En la cara de Madison se dibujó una gran sonrisa.

-Es verdad. Recuerdo que leí ese artículo el día...

Stone la miró al ver que ella no acababa la frase. Su sonrisa había desaparecido.

-¿Qué día?

-El día que rompí con mi novio. Me gustó mucho el artículo; era como un cuento de hadas y me hizo olvidarme de lo detestable que era mi novio.

-¿Qué hizo?

Madison se miró las manos antes de mirarlo a él. Sus ojos estaban fijos en la carretera, pero ella sabía que tenía toda su atención y estaba esperando a que respondiera.

-Descubrí, justo antes de nuestra boda, que había estado teniendo una aventura. Me dio un montón de excusas; pero ninguna era aceptable.

-¡Ya me imagino! -dijo Stone con tono enfadado-. Ese hombre era un estúpido.

-Ella era una modelo.

Stone levantó una ceja.

-¿Quién?

-La mujer con la que se estaba acostando. El me dijo que aquello justificaba su conducta. Según él, la estaba utilizando a ella para no acostarse conmigo; a mí me

reservaba para después.

-¿Eso te dijo?

-Sí. Cedric era un caso.

Stone no quería profundizar demasiado; pero no pudo evitar la pregunta.

-Así que, ¿nunca dormisteis juntos?

Ella miró por la ventana.

-Sí, lo hicimos. Dos veces durante los dos años que estuvimos juntos.

Stone meneó la cabeza.

—Como ya dije antes, ese tipo era un estúpido.

Madison se reclinó en su asiento. Se alegraba de que Stone pensara así. Cedric había intentado convencerla de que no había motivos para cancelar la boda. Una modelo, le explicó, era la fantasía de cualquier hombre; pero que no la amaba.

-Cuéntame más cosas de ti, Stone -dijo ella que ya no quería hablar más de Cedric y del dolor que le había causado.

Ella escuchó, durante los siguientes kilómetros, las historias que Stone le contaba. Cuando llegaron al rancho de Quinn, Madison sentía que sabía muchas cosas sobre él y sobre la gente a la que amaba. Sabía que no se quería casar, pero, también sabía que se sentía orgulloso de que el matrimonio de sus padres hubiera durado tanto tiempo. También se alegraba sinceramente del matrimonio de sus hermanos.

Cuando pararon a la puerta de la casa, Madison contuvo el aliento; nunca había visto nada igual.

-Este lugar es precioso -dijo cuando Stone fue a abrirle la puerta de la camioneta. El se rió.

-Si piensas que este lugar es bonito, espérate a ver el del tío Corey. Aquello es como una obra de arte.

Madison no podía esperar más, ni a ver el lugar, ni a su madre. Stone debió leerle el pensamiento porque le apretó la mano y le dijo:

-No te preocupes, pronto la verás.

Ella asintió. Agradecida. Antes de que pudiera decir nada, una señora de unos cincuenta años, salió a recibirlos. Por sus ojos rasgados y cara angulosa debía ser india.

-¡Stone Westmoreland! ¡Qué alegría! Martin me dijo que ibas a venir y he preparado tarta de manzana; te dejaré que la pruebes si me firmas unos cuantos libros.

Stone soltó una carcajada mientras se acercaba a darle un abrazo a la mujer.

-Lo que tú quieras; ya sabes cómo me gusta tu tarta de manzana.

Se separó de la mujer y se giró hacia Madison.

-Madison, te presento a Estrella de la Mañana, la mujer de Martín. Son muy amigos de mi tío Corey y su hijo McKinnon es el mejor amigo de Durango.

Madison sonrió. Estaba claro que aquella mujer tenía el respeto y la admiración de Stone y a ella le gustó al instante. Le ofreció la mano.

-Encantada de conocerte.

-Lo mismo digo. He preparado un lugar para que paséis la noche. Tengo entendido que vais a visitar a Corey.

Stone asintió.

-Martín me ha dicho que no lo habéis visto desde hace algún tiempo.

La mujer asintió.

-Ya hace semanas. Hace tres semanas que se pierde la partida de póquer de los jueves. Pero sabemos que está bien.

Madison no pudo evitar la pregunta.

-¿Y cómo lo saben?

La mujer levantó una ceja extrañada del interés que ella mostraba.

-Hace una par de días bajó a usar el teléfono.

Parece que el suyo se le ha estropeado y por eso no sabemos nada de él. Martín y yo habíamos bajado a la ciudad y no pudimos verlo, pero McKinnon estaba aquí y habló con él -miró a Stone y añadió-. Por lo visto hay una mujer con él; una mujer muy guapa. Por supuesto, todos estamos muy sorprendidos; ya sabes lo que opina de las mujeres.

Stone meneó la cabeza, sonriendo.

-Sí, lo sé. De hecho ésa es una de las razones por la que vamos a verlo.

La mujer se llevó un dedo a la boca, pensativa.

-¿Conocéis a esa mujer?

Ella sabía que Stone, por consideración con ella no diría nada; pero, también sabía que Estrella de la Mañana era una persona en la que se podía confiar.

-Sí, la conocemos -admitió-. La mujer que está con Corey en su montaña es mi madre.

Capítulo Cinco

Nada, pensó Madison mientras salía al porche, podía ser tan hermoso como el cielo estrellado de Montana. Incluso en la oscuridad se podía ver el perfil de las Rocosas elevándose hacia el cielo. ¡Qué diferente era todo aquello de Boston!

Se volvió cuando oyó que se abría la puerta detrás de ella. No le sorprendió ver a Stone.

Cuando logró que se le calmaran los latidos del corazón, le dedicó una sonrisa.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más se daba cuenta de que era un hombre considerado que se preocupaba por ella. Incluso en la oscuridad podía notar el calor de su mirada.

Antes, la había ayudado con el equipaje y se lo había llevado a la habitación que la dueña le había asignado. Después, cuando Martin y su hijo McKinnon llegaron, fue a buscarla para presentárselos.

Madison tuvo que pestañear con fuerza cuando vio al hijo: aquel hombre tenía una belleza espectacular. Después, de las presentaciones, se fueron a dar un paseo por el rancho. Los tres hombres le contaron historias de cuando Stone, sus hermanos y sus primos iban a las montañas a visitar al tío Corey. Las aventuras eran tan divertidas que hasta se olvidó por completo del motivo por el que estaba allí.

Durante la cena, Madison conoció a los hermanos de McKinnon, todos más pequeños que él pero con la misma belleza fruto de la combinación armoniosa de los rasgos de su madre con los de su padre, que era rubio y con los ojos azules.

-¿Estás bien? -le preguntó Stone, acercándose a ella.

Ella levantó la cabeza para mirarlo. Cuando él la rodeó con sus brazos, como para protegerla del frío, ella se dio cuenta de lo hombre que era. Y lo más agradable de todo era que no presumía de ello. De hecho, parecía que no se daba ni cuenta de la sexualidad que emanaba.

-Sí, estoy bien. La cena ha sido perfecta, ¿verdad?

-Sí. Estrella de la Mañana es una excelente cocinera -respondió él.

Madison se llevó la mano al estómago, pensando en todo lo que había comido.

-Ni que lo digas -después se acordó de algo-. No hablaron de tu tío durante la cena.

-No había nada que decir. Ellos conocen al tío Corey y saben que tu madre está a salvo con él.

-Sé que no está en peligro, Stone —le aseguró ella-. Simplemente, no comprendo lo que está pasando. Entiendo que se pueden haber sentido atraídos; pero, aun así, quiero hablar con ella.

El asintió.

-Háblame de tus padres, Madison.

Su petición la pilló desprevenida.

-¿Mis padres?

-Sí. ¿Qué tal se llevaban?

Ella frunció el ceño. No estaba muy segura de por qué le hacía aquella pregunta, ni, tampoco, si estaba dispuesta a contarle los detalles de la relación de sus padres. Pero se taraba de Stone. Había dejado de ser un extraño desde el primer día y se imaginaba que debía tener un buen motivo para querer saber.

-No tenía nada que ver con el matrimonio de los Quinn -dijo de manera precipitada.

-¿No?

-No. ¿El matrimonio de tus padres es así?

El se rió.

-Parecido. Después de cuarenta años, se quieren como el primer día —se apoyó en la barandilla y la acercó a él. Sus caderas estaban juntas-. Dicen que fue amor a primera vista. Se conocieron un día en la iglesia y, a las dos semanas, ya se habían casado.

No le dijo que sus padres habían predicho que todos sus hijos encontrarían el amor de la misma manera; a primera vista. Por el momento, habían acertado con los tres que se habían casado.

Dejó escapar un suspiro. Quizá eso era lo que les había pasado a sus hermanos; pero no le sucedería a él. No lo permitiría.

-¿Tus padres tienen contacto físico delante de vosotros?

La pregunta de Madison interrumpió sus pensamientos y no pudo evitar una carcajada.

-Sí, claro. Incluso, de vez en cuando se besan delante de todos. No son besos apasionados, pero lo suficiente para que nos demos cuenta del amor que se profesan. Seguro que la pasión la dejan para la privacidad de la alcoba -dijo con una sonrisa; para nada molesto con que sus padres tuvieran una vida sexual activa. Se apretó más contra ella-. ¿Tus padres no se tocaban?

Ella se encogió de hombros.

-Yo nunca los vi. Nunca había pensado en ello hasta que un fin de semana fui a casa de una amiga y vi a sus padres. Estaba claro que se amaban y entonces me di cuenta de que en mi casa faltaba algo. Entonces empecé a observarlos y me di cuenta de que, aunque se querían y se respetaban, no estaban enamorados.

Stone levantó una ceja.

-¿Por qué iban a permanecer casados si no se amaban?

Ella dejó escapar un suspiro.

-Puedo imaginarme varios motivos. Por ejemplo, yo podía ser uno de ellos -se quedó un rato en silencio-. Otro motivo podía ser que siguieran casados por motivos religiosos; los dos eran católicos practicantes y no creían en el divorcio. Los matrimonios son hasta que la muerte los separa.

Stone asintió.

-¿Pero tu padre murió hace bastante tiempo, no?

-Cuando yo tenía quince años.

-Y, desde entonces, ¿no ha tenido tu madre ninguna relación?

-No.

-¿No crees que eso es extraño?

Ella dejó escapar un suspiro.

-Nunca había pensado en ello. Siempre di por sentado que sólo le interesaba el trabajo. Nunca pensé que se pudiera encontrar sola o que necesitara compañía.

-Bueno, quizá ése fuera el motivo por el que se marchó con mi tío. Hay cosas que a veces no se pueden controlar.

Madison se preguntó si lo decía por experiencia propia. Ella no se había acostado con nadie desde Cedric y, desde luego, no sentía que se estuviera perdiendo nada. El había sido su primer amante y no le importaba que fuera el último.

Entonces, al sentir el aliento de Stone en su mejilla, decidió que tenía que volver a pensárselo. Cada vez que la había abrazado, su temperatura había aumentado unos grados. Y cuando ella se había apretado contra su cuerpo excitado mientras se besaban, siempre la había sorprendido pensar que la deseaba. Tenía que admitir que había pasado las últimas noches preguntándose cómo sería hacer el amor con él; que él se tumbara encima de ella y...

-¿Tienes frío?

Ella alejó aquellos pensamientos y se aclaró la garganta.

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque estabas temblando -dijo él, mirándola a los ojos.

Ella esperó que no averiguara el motivo.

-¿Qué me cuentas de tu novio? -preguntó él, acercándola más, hasta que la mejilla de ella descansó en su hombro.

-¿Qué quieres saber?

-Según tú no os acostabais muy a menudo, pero, ¿os tocabais?

Ella suspiró. Sentía la necesidad de comparar con Stone lo que le había pasado con Cedric. Ya le había dicho que habían dormido juntos en dos ocasiones, pero, ahora, él necesitaba escuchar el resto.

-Cedric y yo no hacíamos muchas cosas. Incluso las dos veces que nos acostamos no lo hicimos por placer, sólo para comprobar que éramos compatibles.

Stone meneó la cabeza, dudando que hubiera oído bien.

-¿Y la pasión? ¿No había veces en las que perdíais el control?

Ella se encogió de hombros.

-No, y, para ser sincera, nunca supe lo que era la atracción física hasta que te conocí.

¡Caramba!, pensó Stone. Ojalá no le hubiera contado aquello porque a él le pasaba lo mismo. Bueno, sí había deseado a una mujer, antes, pero con Madison era totalmente diferente. Pensaba en ella en cualquier ocasión y, cada vez que lo hacía, la sangre le bullía. Nunca había sentido aquella necesidad por una mujer hasta que la conoció a ella. Ahora, se sentía muy necesitado y aquello tampoco le gustaba.

Después de un instante, le dijo:

-Me imagino que tendremos que ponernos algunas reglas cuando nos marchemos de aquí y entremos en las montañas.

Madison tardó un instante en darse cuenta de a qué se refería. Pero, entonces, decidió fingir que no sabía de qué estaba hablando.

-¿Reglas?

-Sí. Sobre nosotros, Madison. Sobre esta atracción que los dos hemos admitido tener el uno por el otro. Sobre estas hormonas mías que no quieren comportarse. Y sobre el hecho de que todavía no me has comunicado tus decisiones.

Madison se obligó a tragar. En seguida, recordó las conclusiones a las que había llegado. Sabía que lo mejor sería hacer las cosas a su manera.

Dejó escapar un suspiro de resignación y dijo:

-Creo que nos deberíamos concentrar en la situación de mi madre y tu tío. En la actualidad, no tengo la mente clara para concentrarme en nada más. No estoy segura de lo que vas a pensar al respecto, pero preferiría que cualquier asunto lo pospusiéramos hasta que viera a mi madre.

Stone meneó la cabeza.

¡Maldición! Acaso pensaba que las cosas iban a ser así de fáciles. ¿De verdad creía que dos personas podían dejar de lado la química sexual que fluía entre ellos? ¿Es que no se daba cuenta de lo difícil que les resultaría cuando se quedaran solos en las montañas?

No, decidió él finalmente. Obviamente no se daba cuenta de nada. Según le había contado, sus padres no habían sido unas personas muy apasionadas y su novio se había comportado de manera vergonzosa con ella. En lugar de introducir a su futura esposa en los laberintos de la pasión, el muy miserable se había dedicado a quemar sus antorchas con una modelo.

Por una parte, se alegraba de descubrir los motivos que había detrás del comportamiento, bastante irracional, de Madison sobre su madre. No podía ver la pasión y el deseo porque nunca los había experimentado.

Rápidamente, tomó una decisión. Introduciría a Madison en los placeres del sexo. Pronto descubriría que la atracción entre ellos era algo que no podía ignorar. Quería demostrarle lo que significaba que las hormonas no te dejaban pensar con claridad. No haría nada en particular, sólo se sentaría a esperar que la naturaleza siguiera su curso y, teniendo en cuenta lo que ya había pasado entre ellos, sabía que sucedería.

Stone Westmoreland estaba convencido de que cuando llegaran a la casa de su tío, aquella chica de ciudad sabría con claridad lo fácil que era para una persona perder el control y dejarse llevar por la pasión.

-¿Estás segura de que eso es lo que quieres? -preguntó él después de un rato en silencio.

-Sí. Es lo mejor.

Él asintió con una ligera sonrisa en los labios. Lo que Madison no sabía era que lo mejor estaba por llegar. Le daría una noche de verano en las montañas que le costaría olvidar.

A la mañana siguiente, Stone observó a Madison mientras ella se subía al caballo. Envidiaba a aquel animal. Le encantaría tenerla sentada encima, a horcajadas, mientras cabalgaban juntos hasta hacerlo perder la consciencia.

No había logrado dormir mucho la noche anterior pensando en ella y su viaje a las montañas juntos. No había cambiado de opinión. Antes de que llegaran a la casa de su tío pensaba enseñarle a aquella chica de ciudad unas cuantas cosas. Vería lo que era tratar con un hombre de verdad. Un hombre que apreciaba todo en una mujer.

Miró al cielo. El sol todavía no había salido lo que significaba que era un buen momento para comenzar la marcha. A duras penas podía esperar. Se moría de ganas por estar con ella a solas.

-¿Estás bien? -decidió preguntar. Ella le sonrió.

-Sí, estaré bien siempre que no esperes que sea una excelente amazona. Como ya te dije, tomé clases, pero tampoco tengo mucha experiencia.

El asintió. Todo aquello iba a cambiar. Quizá no tuviera mucha experiencia ahora, pero, después del viaje, sin duda la iba a tener. Además, pensaba encargarse personalmente de enseñarle todo lo que fuera necesario para cabalgar sobre un animal de dos piernas.

-¿Crees que nos encontraremos animales salvajes?

Aquella pregunta hizo que dejara lo que estaba haciendo con la montura para mirarla.

-¿Qué tipo de animal no te gustaría encontrar? —le preguntó él con una sonrisa.

Ella soltó una carcajada y aquel sonido hizo que a él se le encogiera el estómago por el deseo. Era un sonido tan sexy que había sido como una caricia.

-En la montaña hay osos y lobos.

-¡Oh! -gimió ella.

El le sonrió al ver el miedo reflejado en sus ojos.

-No te preocupes, el camino por donde te voy a llevar está bien marcado y los animales lo evitan -omitió decirle que planeaba llevarla por un camino que retrasaría su llegada un día entero. Madison Winters necesitaba que le enseñaran algo sobre la vida salvaje... de los humanos.

Pero, primero, tenía que lograr controlarse, lo cual no era muy sencillo. Tenía un aspecto de lo más deseable encima de aquel caballo con la cara bañada por los primeros rayos de sol. Se había recogido el pelo en una coleta y se había puesto el sombrero de ala ancha que compraron juntos. Aun así, podía ver su preciosa piel oscura brillar. Era toda una belleza y se preguntó cómo se las iba a arreglar para mantener las manos alejadas de ella hasta que diera el primer paso. Porque ella iba a dar el primer paso. Estaba seguro. La tentaría de manera constante y esperaría a que ella hiciera algo.

-¿Estás lista?

-Sí.

-Entonces, vámonos.

Comenzaron a paso lento porque primero quería que ella se acostumbrara al animal. Quería que se diera cuenta de todo lo que la rodeaba; cómo el sol comenzaba a aparecer

tras las montañas, el susurro del viento al colarse entre los árboles, el crujido de las hojas bajo los cascos de los caballos y, sobre todo, quería que fuera consciente de él, del hombre que tenía a su lado y que la deseaba.

Si no se daba cuenta de él ahora, no lo haría después.

Cabalaron en silencio durante unas horas, sólo comentando algunas cosas del paisaje que él le señalaba. Le gustaba cómo ella lo admiraba todo; quizá fuera una chica de ciudad, pero, definitivamente, estaba disfrutando del viaje.

-¿Tienes sed? -preguntó él, preguntándose si la cabalgata le estaba empezando a cansar. El sol pegaba de lleno y hacía bastante calor.

-Sí.

-¿Quieres beber?

-Eso estaría bien -dijo ella y él paró a los caballos.

-Espera mientras agarro la cantimplora. Martín me dijo que el año pasado McKinnon y él construyeron una cabaña que está a mitad de camino de la casa de Corey. Sus hijos y él la utilizan cuando salen a cazar. Me dijo que podíamos utilizarla si queríamos. Así que, si llegamos antes de que caiga la noche, no tendremos que dormir a la intemperie.

Acarició el lomo del caballo deseando que fuera Madison. Después añadió:

-Más adelante hay un lugar donde podemos acampar para comer. Si continuamos a este ritmo llegaremos antes de que haga más calor.

La mirada de Madison indicaba que eso esperaba. El sonrió. Se estaba convirtiendo en una verdadera amazona. Muchas mujeres ya habrían empezado a quejarse. Recordaba la primera vez que su padre decidió que Delaney fuera con los chicos a casa del tío Corey de vacaciones. Meneó la cabeza pensativo. Aquella fue la primera vez y la única.

Le pasó la cantimplora y ella bebió. Él se quedó hipnotizado con el movimiento de su boca y de su garganta. Tan embelesado estaba que no se dio cuenta cuando ella acabó.

-Toma, Stone -dijo ella-. Gracias. Estaba deliciosa.

-De nada -dijo él-. Es agua de manantial.

En lugar de guardar la cantimplora, volvió a abrirla y se la llevó a la boca, saboreando, deliberadamente, el lugar donde la boca de ella había estado.

Cuando acabó, se lamió los labios, disfrutando del sabor a ella que aún quedaba en la cantimplora. La miró y vio que lo estaba observando. Ella no dijo nada, pero siguió mirándolo. Y él la miró a ella. Después lo sintió, aquel pulso fuerte y profundo en sus entrañas que hacía que deseara agarrarla y tumbarse con ella sobre la hierba. Su cuerpo ya estaba caliente y ahora sufría por la necesidad de contacto físico en ella.

Vio cómo las mejillas de ella se oscurecían y vio cómo el deseo llenaba su mirada. También notó cómo se le aceleraba el pulso en el cuello y la manera en la que sacó la lengua para humedecerse los labios. Su mirada bajó hacia su camisa y hacia los pezones hinchados que rozaban la tela. Su respiración, como la de él, era errática. La podía oír, sentir. Quería saborearla, pero no podía.

-¿Ya has tenido bastante? -se obligó a mirarla a los ojos e intentó, con todas sus fuerzas, recuperar el control

-¿Bastante qué? -preguntó ella con un tono suave, un poco ronco y, definitivamente, sensual. Su mirada seguía fija en la de él.

-Agua.

Ella pestañeó y él vio que sus facciones reflejaban confusión y el deseo de algo que aún no comprendía muy bien. Pero ya lo entendería. A su debido tiempo. Ya se encargaría él.

-Sí, he tenido suficiente -dijo ella después de tomar aliento.

Él sonrió. Todavía no habían empezado. Después de colocar la cantimplora en su sitio, agarró las riendas.

-Vamos -dijo él con voz ronca-. Sigamos.

Capítulo Seis

Haría una media hora, Madison habría dicho que tenía hambre, pero, en aquel momento, algo había afectado a su apetito... o, mejor dicho, alguien.

Stone Westmoreland.

Ladeó la cabeza mientras lo miraba. El estaba a cierta distancia, atendiendo a los caballos. Ella, sentada en un tronco, tomándose una cola y uno de los sandwiches que la mujer de Martín les había preparado.

La atraía. No iba a negarlo; ya lo había admitido hacía algunos días. Pero lo que no podía entender era por qué no podía superarlo. ¿Por qué una parte de ella quería hacer algo al respecto?

Parecía que aunque ella no podía dejar de pensar en él, él sólo pensaba en los caballos. Desde que pararon a tomar agua, no la había mirado ni una sola vez. Debería estar agradecida, pero no podía negar que le molestaba el hecho de que pudiera olvidarse de ella con tanta facilidad.

Por otro lado, había sido ella la que había sentado las bases para su relación y había propuesto que cualquier cosa que hubiera entre ellos debía esperar. Evidentemente, él le había tomado la palabra y pensaba cumplirla a rajatabla.

Dejó escapar un suspiro. Al oírlo, él miró hacia ella y le sostuvo la mirada unos instantes, sin decir nada. Ella lo miró sin pestañear mientras sentía cómo el deseo afectaba a su estómago. Nunca había sentido nada así. Sin un sonido, sin un roce, y a una distancia de cinco metros, podía sentir el calor de su mirada mientras unos impulsos minúsculos comenzaron a subirle por la espina y a recorrerle todo el cuerpo. Incluso notó el calor que se formaba entre sus piernas. Y el apetito que sentía no tenía nada que ver con la comida. Continuó mirándolo mientras seguía esforzándose por mantener la compostura, su resolución y su salud mental.

Todo su cuerpo se puso alerta cuando él comenzó a caminar hacia ella. El calor aumentó. Nunca había notado lo bien que quedaban los vaqueros ajustados en un hombre hasta que lo conoció a él. No se podía imaginar aquel cuerpo musculoso con otra cosa. Desde luego, ni se atrevía a imaginárselo desnudo.

Contuvo el aliento.

Ojalá pudiera alejar aquel pensamiento de su mente, pensar en otra cosa. Pero ya era imposible. Aquella idea malvada se entremezcló con los sueños que había estado teniendo con él últimamente. Aquel hombre exudaba atractivo sexual del más puro sin ni siquiera intentarlo. Y ella era plenamente consciente de él, mucho más de lo que era necesario.

-¿Estás bien?

Madison negó con la cabeza. No estaba segura de poder hablar, pero se obligó a abrir la boca.

-Sí, estoy bien, Stone.

El asintió y siguió mirándola.

-¿Puedo utilizar eso? -preguntó él, señalando al bote de jabón líquido que ella había

llevado.

-Sí, claro.

Ella lo observó mientras abría el bote, se echaba un chorro en la palma y se frotaba las manos lentamente. Inmediatamente pensó en lo que sentiría si él frotara así su cuerpo, lentamente. Miró a su refresco como si dentro hubiera algo que la hacía desvariar con aquellas ideas locas.

-Éste es un lugar precioso, ¿verdad?

Su pregunta captó su atención. Levantó los ojos de sus manos e intentó concentrarse en la belleza del paisaje.

-Sí, lo es. Ojalá hubiera traído la cámara.

El arqueó una ceja.

-Me sorprende que no la hayas traído.

Ella también se sorprendía.

-Tenía otras cosas en mente.

Y aquellas «otras cosas», se dijo a sí misma, era en lo que debía concentrarse, en lugar de pensar tanto en Stone. Siguió mirándolo mientras él volvía a tapar el frasco y lo colocaba en su bolsa. Después, se dirigió hacia su montura y sacó su sandwich y una bebida.

Ella dejó escapar otro suspiro.

Quizá, si lo hiciera hablar de su tío, podría alejar de su mente aquellos pensamientos calenturientos. Pensó que merecía la pena intentarlo.

-¿Tienes alguna idea sobre quién está intentando localizar a tu tío en Texas, Stone?

Se dirigió hacia donde ella estaba y se sentó a su lado.

-No tengo ni idea. Se lo conté a Durango y decidimos contárselo a Quade para que él resolviera el misterio.

-¿Quién es Quade?

Stone sonrió.

-Es uno de los hermanos de Durango. Trabaja para el gobierno. No tenemos ni idea de a qué se dedica. Cuando lo vemos, no le hacemos preguntas. Pero sabemos cómo podemos ponernos en contacto con él si lo necesitamos. Normalmente, antes de setenta y dos horas, él se comunica con nosotros.

Madison asintió.

-¿Crees que podrá descubrir lo que está pasando?

-Seguro.

Madison permaneció en silencio un rato, pensando en el hombre con el que su madre había huido.

-Háblame de tu tío Corey -dijo ella, sintiendo que necesitaba conocerlo antes de verlo cara a cara.

Stone la miró y dio un sorbo a su refresco.

-¿Qué es lo que quieres saber de él?

Ella se encogió de hombros.

-Me pregunto por qué a todo el mundo le extraña tanto que tenga a una mujer en su montaña.

Stone dibujó una sonrisa.

-Principalmente, porque durante toda su vida ha dicho que eso no sucedería jamás. Ha tenido relaciones con mujeres pero ninguna ha llegado hasta su casa. Siempre ha dibujado una línea muy clara que no dejaba que nadie traspasara.

Madison se quedó un rato pensativa.

-Pero, a mi madre sí se la ha llevado allí.

-Sí. Y eso es lo que nos extraña tanto.

Madison dejó escapar un suspiro.

-Ahora me pregunto si quizá se conocían el uno al otro.

Stone la miró.

-Existe esa posibilidad; pero si yo fuera tú, dejaría de darle vueltas a la cabeza. Mañana los verás por ti misma y podrás hacer todas las preguntas que quieras.

Agarró una de sus manos y la apretó.

-Aunque no te sientas mal si no quiere darte explicaciones. Es su vida y tiene derecho a vivirla como ella desee, ¿no?

Aunque Madison arrugó el ceño, no dijo nada. Tampoco apartó la mano.

-Cuando vea a Corey Westmoreland, ¿con qué me voy a encontrar?

-Con un hombre de cincuenta años que ha sido como un segundo padre para sus sobrinos. Un hombre que cree en la familia, en el honor, el respeto y el amor. Desde que lo conozco, ha preferido la soledad para algunas cosas y la compañía para otras. No duda en decirte lo que siente o lo que piensa sobre cualquier cosa y respeta profundamente la opinión de los demás.

Una sonrisa cruzó la cara de Stone al añadir:

-Y también aprendí muy pronto que tiene ojos en la nuca. No puedes hacer nada a sus espaldas sin que te vea.

El cariño en la voz de Stone hizo que Madison pensara lo diferente que era Corey Westmoreland de su padre. El tenía un primo que vivía en Boston; pero nunca habían tenido mucha relación con él. Por eso, ella tampoco había llegado a conocer a unos primos que tenían más o menos su misma edad.

Su padre había nacido en la ciudad, se había criado allí y allí había vivido. Nunca tuvieron una mascota y su padre había preferido la vida social a la soledad. Y ahora que lo pensaba, a su madre le gustaba bastante estar sola. Simplemente, había aceptado su papel como esposa de un hombre de negocios. Intentó pensar en algo que sus padres tuvieran en común y no logró dar con nada.

La noche pasada Stone le había preguntado cómo era posible que dos personas que no se amaban estuvieran juntas. Ahora, su pregunta era por qué se habrían casado.

Dejó sus pensamientos a un lado cuando Stone le soltó la mano. Se quedó en silencio mientras él se comía el resto del sandwich y acababa su refresco.

Después, él la miró como si ella fuera el postre. Sintió el calor de su mirada de manera inmediata y se puso de pie rápidamente.

-¿Qué tal vas?

Ella se encogió de hombros.

-Bastante bien. Normalmente, tengo mucha energía y no me canso con facilidad.

Stone la miró de arriba abajo. Lo tendría en cuenta.

-¿No crees que deberíamos ponernos en camino si queremos llegar a la cabaña antes de que anochezca?

Él se puso de pie y la miró con una sonrisa sexy y provocativa.

-Sí, señorita Winters, creo que tiene razón.

La cabaña no era lo que Stone y Madison se habían imaginado. Ellos esperaban encontrar una estructura de una sola habitación; pero lo que los Quinn habían construido en medio de un bosque de pinos, con unas asombrosas vistas de las montañas y del valle, y al lado de un riachuelo, era una cabaña que podía servir perfectamente de segundo hogar.

Stone y Madison se dieron una vuelta por el lugar. Dentro, había un enorme salón con una chimenea, dos habitaciones, unidas por un baño y una cocina con una enorme ventana que daba al riachuelo. Stone no tardó mucho en descubrir que tendrían electricidad en cuanto conectaran el generador.

Stone suspiró. Se alegraba de haber llegado antes de que cayera la noche. Todavía les quedaban unas horas de luz y él se encargaría de dar de comer a los caballos y de conectar el generador.

Miró a Madison que estaba en silencio a su lado. Como él, su mirada estaba en las dos habitaciones y casi podría jurar que había oído un suspiro de alivio.

-Tengo un par de cosas que hacer fuera -dijo él, rompiendo el silencio. Ella asintió.

-Yo intentaré encender el fuego. Me da la impresión de que por la noche va a hacer mucho frío.

Stone la miró a los ojos y decidió no decirle que él estaría más que dispuesto a ofrecerle todo el calor que necesitara.

-De acuerdo.

Stone tardó en volver algo más de una hora. Madison había aprovechado para darse una ducha y él se percató del aroma dulce y seductor en cuanto entró en la cabaña.

Ella se había puesto un chándal para estar más cómoda. Stone pensó que se pusiera lo que se pusiera, siempre estaba elegante. El pelo ya no lo llevaba recogido en una coleta sino que le caía en cascada sobre los hombros.

El ahogó un gruñido y se resistió a la terrible tentación de cruzar la habitación y tomarla en sus brazos. Algo con lo que llevaba soñando todo el día.

Ella se dio cuenta de que él la estaba observando. Lo miró un rato sin decir nada, después, una sonrisa nerviosa afloró a sus labios.

-Aunque he estado tentada, no he utilizado todo el agua caliente. Queda bastante si te quieres lavar.

-Eso suena muy bien -dijo él con voz ronca. Le apetecía darse una ducha para relajar los músculos cansados del viaje; pero algo lo mantenía anclado al suelo.

Siguió mirándola mientras sentía que algo le dolía por dentro. Un largo periodo de silencio siguió a sus palabras, un silencio sólo enturbiado por el ruido de su respiración, y la de ella.

Los dos dieron un salto cuando un tronco crepitó en la chimenea.

-Se está realmente bien aquí. Gracias por encender el fuego -dijo él, aunque su mente estaba en otro tipo de fuego.

Ella se encogió de hombros.

-Era lo mínimo que podía hacer mientras tú cuidabas de los caballos. También he sacado la cena y la estoy calentando.

Stone asintió e inhaló profundamente. Había un suave olor a cocido. No se había dado cuenta al entrar porque sus sentidos sólo habían captado el aroma de ella.

-Huele bien.

-Estará listo cuando hayas acabado de ducharte.

Él asintió.

-De acuerdo. Entonces, será mejor que me vaya ya.

Los segundos pasaban y Stone seguía sin moverse. Seguía mirándola absorto.

-¿Stone?

El pestañeó.

-¿Sí?

-Tu ducha.

-Sí -reconoció con una sonrisa-. En seguida vuelvo -dijo mientras se dirigía al cuarto de baño.

En cuanto cerró la puerta, se apoyó sobre ella y tomó aliento, intentando recuperar el control. Podía sentir cómo la sangre le corría acelerada por las venas. Tenía que quitarse los vaqueros lo antes posible o la fuerza de su erección contra la cremallera lo iba a matar o, si no, a causarle una lesión de por vida.

Parte de su plan había consistido en tentarla; pero, lo único que había conseguido era que la pasión desbordante que sentía por ella lo volviera loco. Loco porque por su mente pasaban ideas tan raras como el deseo de tenerla siempre a su lado.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Lo último que necesitaba era pensar en una mujer de esa manera. Se negaba a permitir que una preciosa morena de ojos color miel, bien educada y con tanta clase, una mujer de ciudad que olía como los ángeles entrara en su

vida y cambiara algo.

Sólo tenía que recordar el episodio con Durango hacía unos años. La primera vez que el hombre había bajado la guardia y se había dejado llevar por una mujer de ciudad, había sido herido de por vida.

Pero Stone sabía que Madison no tenía nada que ver con la mujer que había roto el corazón de Durango. Madison Winters no se parecía a ninguna mujer. Había estado tan centrado en imaginarse cómo iba a introducirla a los placeres sexuales que se había olvidado del tiempo que hacía que no estaba con una mujer. Hacía casi un año que no se acostaba con nadie; más o menos desde que se apartó de la vida social para acabar su libro.

Ahora, la mujer que tenía en la habitación de al lado acaparaba todo su pensamiento. Y no sólo porque la deseara físicamente, sino porque deseaba ayudarla. Ayudarla a entender cómo era posible perder el control y actuar de forma impulsiva. Se merecía conocer el placer sin límites, por lo menos una vez. Mientras se dirigía a la ducha iba pensando que quería que esa experiencia la viviera con él.

Madison se llevó una mano a la frente, preguntándose por qué tenía tanto calor. Pero, en lo más profundo, sentía que sabía el motivo. Cada vez que estaba cerca de Stone su temperatura subía unos grados. No podía negar que lo deseaba y, escuchar el agua correr y saber que él estaba allí desnudo, no la ayudaba nada.

Noventa y seis horas era el equivalente de cuatro días. Ese era el tiempo que hacía que lo conocía y, desde entonces, no había dejado de tener aquellos pensamientos traviosos. Todavía había algunas cosas sobre Stone Westmoreland que no conocía; pero estaba segura de que ya sabía muchas otras. Tenía el presentimiento de que los mismos adjetivos que Stone había utilizado para retratar a su tío servían para describirlo a él.

Sabía, desde lo más profundo de su ser, desde la primera vez que lo vio, que podía confiar plenamente en él. Se había sentido cómoda con él desde el principio y el hecho de que estuvieran solos en aquella cabaña, a kilómetros de la civilización, no la molestaba.

Bueno, tenía que admitir que algo sí la molestaba, especialmente porque le removía algo por dentro cada vez que la miraba con promesas de placeres ocultos. Unos placeres que ella nunca había vivido.

Caminó hacia la ventana y miró al exterior. Estaba muy oscuro y todo estaba muy quieto.

-¿En qué estás pensando, Madison?

Madison se dio la vuelta, llevándose una mano al pecho. No lo había oído acercarse.

El estaba de pie, en medio de la cocina, con otro par de vaqueros limpios y una camiseta con las palabras *The Rolling Stone* escritas sobre su fornido pecho. Tenía el pelo húmedo y a ella le apeteció salvar la distancia que los separaba y pasarle la mano por la cabeza.

Y ése no era el único sitio por el que le apetecía pasarle la mano. Sus ojos desprendían

calor y, quizá ella no tuviera mucha experiencia, pero podía reconocer el deseo sexual en un hombre; especialmente en aquel hombre. Había estado en sus ojos desde la primera vez que sus miradas se encontraron.

-¿Es un secreto?

Ella suspiró.

-Estaba pensando en lo tranquilo que está todo ahí fuera, a pesar de todos los animales que viven en la montaña. En cierta manera, me siento como si estuviéramos invadiendo su territorio.

Sintió el calor de su cuerpo cuando él se acercó.

-Está bien que vengamos por aquí, siempre que no hagamos nada para destruir su entorno.

Ella asintió y, al darse la vuelta, casi choca con él.

-Ahora estoy invadiendo tu terreno, ¿verdad?

Ella asintió. Sí, eso estaba haciendo; pero ella no se sentía incómoda ni amenazada. En lugar de eso podía sentir su increíble magnetismo y una terrible atracción sexual.

-¿Madison?

Ella tomó aliento antes de responder.

-Sí, pero no me importa compartir mi espacio contigo, Stone. ¿Estás listo para la cena? Sus labios se curvaron con una sonrisa.

-Estoy listo para muchas cosas.

Ella no quería leer entre líneas, pero no pudo evitarlo. Su mente se llenó de visiones sobre las posibilidades de aquella sugerente afirmación. Intentó aferrarse a las decisiones que había tomado el día anterior por la mañana sobre su relación y descubrió que le costaba sobremanera.

Se aclaró la garganta.

-Voy a servir la comida.

Sin darle la oportunidad de decir nada, se dirigió hacia los muebles de la cocina y sacó un par de platos.

-El cocido está muy bueno, ¿verdad?

Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada. Como siempre le pasaba, sintió que algo se le removía por dentro.

El sentido común le pedía que luchara contra la atracción que sentía por él, pero la fuerza de voluntad se perdía ante un hombre como Stone.

-Sí, está delicioso -dijo, intentando ignorar el calor que le crecía por el vientre.

Stone dejó su plato a un lado y se lamió los labios.

-Es una pena que no tengamos nada de postre.

Madison tomó aliento, mirando sus labios con interés. Podía imaginarse unas cuantas cosas que podían servir. Por ejemplo, sus besos.

-Estoy de acuerdo -dijo, pensando que eso era lo más seguro.

Ella se levantó para recoger la mesa.

-Yo te ayudo -dijo él.

Lo mejor era evitar su cercanía.

-No, déjalo. No hay nada que hacer. Después de un día tan duro, quizá quieras irte pronto a la cama -sugirió ella sin atreverse a mirarlo.

Él dejó escapar una carcajada. No tenía ni idea de la razón que tenía. Había sido un día muy duro luchando contra sus anhelos por ella y, también, se quería ir pronto a la cama, en realidad, se quería ir cuanto antes, pero con ella.

-Normalmente, tengo mucha energía y no me canso con facilidad -dijo él, haciendo referencia a lo que ella le había dicho.

Ella sintió que la corriente eléctrica que había entre ellos crecía a toda velocidad. Su sola presencia, su aroma, la embriagaba de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayera nada de las manos.

El tomó su plato y lo llevó al fregadero.

El pulso de ella se aceleró al sentirlo a su lado. Se dio la vuelta y se encontró con su mirada, tan fuerte y tan intensa que ella sintió que la atravesaba. Los mensajes que le enviaban sus ojos eran de pasión y ella sintió un calor en sus pechos que hacía que se endurecieran. El calor le bajó hacia el vientre.

Entonces, ella dio un paso hacia él y le echó los brazos al cuello. Oyó el gruñido que él dejó escapar antes de que su boca se posara sobre la de ella. Con una urgencia y una pasión que hacía que ella se olvidara de cualquier reticencia que aún le pudiera quedar.

El impulso cálido y suave de su lengua dentro de sus labios hizo que las piernas le temblaran de placer. El jugueteó con su lengua compartiendo con ella la intensidad de su deseo.

Ella estaba intentando averiguar qué le estaba pasando; pero, llegado a ese punto de fervor, decidió que nada importaba, que era mejor dejarse llevar por los sentimientos y no ponerles nombre.

Sintió que él separaba su boca de la de ella y pensó: «no, todavía no». Y se apretó a él con fuerza. Ahora fue ella la que metió la lengua en la boca de él, haciéndole todo lo que él le había hecho a ella. Le lamió todos los puntos, explorando, saboreando todo lo que podía, pero, aun así, sentía que aquello no era suficiente. Su cuerpo se había liberado de sus cadenas y estaba vibrando con una necesidad sexual intensa que sólo él podía calmar.

El se separó y ella susurró una protesta hasta que sintió que él le levantaba la camiseta y su boca aterrizaba en uno de sus pezones. Se había olvidado de que no llevaba sujetador y al sentir el contacto de su lengua en su pecho, lamiéndola y succionándola, como si se estuviera tomando el postre más apetitoso, dejó escapar un gemido que surgió de lo más profundo de sus entrañas.

Él se echó para atrás un instante y la levantó del suelo.

-Te deseo -le susurró al oído con ardor. Ella también lo deseaba y se inclinó sobre él para que sus bocas volvieran a unirse. Aquella noche estaban en una cabaña en un lugar recóndito de las montañas, totalmente alejados de la civilización y ella quería sucumbir a la llamada de la naturaleza. Sintió que perdía el control y supo que fuera lo que fuera lo que él quería, ella también lo quería. Nunca en la vida había deseado a un hombre con aquella intensidad; ni siquiera se había imaginado que fuera posible.

Él levantó la boca y ella sintió que la transportaba hacia una de las habitaciones; a la que él había elegido para sí. La dejó en la cama y, antes de que se diera cuenta, ya le había quitado la ropa.

Ella sintió el calor que la invadía cuando él le quitó las braguitas y supo que él se había dado cuenta de lo húmedas que estaban. Pero, no dijo nada, sólo las dejó a un lado. Su mirada estaba sobre ella. Después, acercó una mano a su feminidad y la acarició, comprobando su grado de excitación. Ella dejó escapar un quejido, echó la cabeza hacia atrás y abrió las piernas para darle total libertad de acceso.

-¡Estás caliente y húmeda! -murmuró él, con voz ronca contra su oído mientras le recorría el cuello con la lengua.

Después, siguió besándola y lamiéndola todo el camino hacia abajo. Más debajo de sus pechos y de su vientre, torturándola a cada centímetro de su avance. Después, alcanzó la propia esencia de su feminidad y utilizó los labios y la lengua para volverla loca con el beso más íntimo.

Ella gritó cuando su cuerpo se convulsionó con tal fuerza que tuvo que clavarle los dedos en los hombros para hacer que la habitación dejara de dar vueltas y que la tierra dejara de temblar. Sintió que su cuerpo se le partía en dos. Después de aquella explosión, él no paró. Era como si estuviera dispuesto a tenerlo todo y, en el proceso, a dárselo todo a ella. Su cuerpo se convulsionó con un orgasmo de proporciones gigantescas que la dejó jadeante de placer. Antes de que pudiera recobrase de ese primer orgasmo, con la boca y la lengua, se ocupó de que tuviera un segundo que la dejó extenuada.

Al rato, mientras ella permanecía tumbada, intentando recobrase, él se levantó de la cama y comenzó a quitarse la camisa. Ella apenas tenía fuerza para apoyarse en los codos para mirarlo, para ver lo bien definido que estaba su pecho y percatarse de una línea de vello oscuro que seguía un camino descendente hasta desaparecer por la cintura de sus vaqueros.

Continuó mirando, fascinada porque nunca había visto un cuerpo masculino tan perfecto; podría quedarse así todo el día sin cansarse.

Contuvo el aliento cuando él se desabrochó la cremallera, muy lentamente. Después, se deshizo de los vaqueros y de la ropa interior y se quedó totalmente desnudo ante sus sorprendidos ojos. Su prominencia grande, larga, gruesa y dura sobresalía desde la base de rizos negros que la rodeaba. Ella casi se atraganta con su propia saliva.

-Te deseo -dijo él con voz ronca, volviendo con ella a la cama después de ponerse el preservativo que había sacado del bolsillo de los vaqueros-. Ven aquí, nena. Déjame que te lo demuestre.

Ella se echó en sus brazos ansiosa y su cuerpo se estremeció al rozar la piel de él. El la tomó en brazos y la volvió a besar. Era como si no acabara de tener dos orgasmos. Su cuerpo estaba excitado de nuevo. Volvió a sentir una presión entre las piernas y,

entonces, supo que iba a hacer falta algo más que su lengua y sus labios para satisfacerla.

El también lo sabía. Escuchó su gemido mientras la dejaba sobre la almohada.

-Te deseo. Deseo darte algo que nunca te han dado -le susurró al oído.

Ella abrió la boca para decirle que ya le había dado algo que nunca había tenido, y dos veces. Pero él la besó, acallando sus palabras, absorbiendo sus sentidos y despertando en ella una necesidad nueva. Sus miradas se encontraron y ella sintió que se consumía con el calor de sus ojos.

Stone tomó aliento mientras luchaba por mantener el control. No podía aguantar mucho más sin introducirse dentro de ella, necesitaba estar allí igual que necesitaba respirar. La había saboreado, pero, ahora, quería unirse a ella, convertirse en una parte de ella, introducirse muy dentro y quedarse allí para siempre.

Él se puso encima de ella, sin apartar los ojos de ella, y ella separó las piernas para darle acceso. El capturó su boca y la besó, deseando decirle sin palabras lo que sentía. Se apretó contra ella y la acarició con su miembro hasta que encontró la entrada húmeda, suave y deliciosamente caliente.

La agarró por las caderas y cuando ella empezó a cerrar los ojos, él supo que quería que lo mirara, quería ver su expresión cuando sus cuerpos se unieran.

-Abre los ojos. Mírame, Madison. Quiero verte cuando me tengas dentro.

Ella le sostuvo la mirada y comenzó a acariciarle la espalda. Incapaz de aguantarlo más, Stone se introdujo dentro de ella. Contuvo el aliento mientras la penetraba hasta lo más profundo, sintiendo cómo lo apretaba con los músculos de su cuerpo, tomándolo, reclamándolo.

Después, comenzó a moverse rítmicamente, con suavidad al principio y, después, de manera más enérgica, con una necesidad que los envolvía. El gruñó mientras le entregaba todo y lo recibía todo, conduciéndola y conduciéndose a sí mismo hasta un estallido de placer.

Ella gritó su nombre y él se apretó con fuerza a ella, agarrándola bien por las caderas, para compartir el orgasmo que estaba experimentando. Gimió el nombre de ella y cuando los espasmos comenzaron a convulsionar su cuerpo, sintió algo que nunca había sentido antes. Era pasión. Sed saciada. Pero también había algo más. No sabía qué; pero tampoco quería saberlo y lo apartó de su mente.

Hundió la cara en el cuello femenino. Lo único que deseaba en aquel momento era compartir con ella aquel momento tan dulce después de una unión tan hermosa. Se tumbó a su lado y la apretó contra su pecho. De alguna parte, sacó fuerzas para incorporarse y mirarla. En su cara había dibujada una sonrisa de satisfacción y su mirada irradiaba felicidad. Y él supo que habían compartido algo especial y único. Habían compartido una pasión desbordante. Una pasión que sabía que volverían a compartir antes de irse de aquella cabaña, más de una vez.

Capítulo Siete

Stone se apoyó sobre un codo y miró a la mujer que estaba durmiendo a su lado. Lo que Madison le había dicho el día anterior era cierto: tenía mucha energía.

No pudo evitar una sonrisa al pensar en las veces que habían hecho el amor durante la noche; el cuerpo de ella lo había tomado, absorbido, satisfaciéndolo y pidiéndole todo lo que pudiera dar. Y él le había dado mucho; todo lo que tenía y le había hecho el amor hasta que no había podido más. Sólo entonces, ella se había quedado dormida, con su cuerpo entrelazado con el de él.

El también se había quedado dormido, pero, en aquel momento, estaba muy despierto y totalmente excitado. La deseaba de nuevo. Miró a sus cuerpos entrelazados por la cadera y le gustó lo que vio. Le gustó mucho.

Tomó aliento y reconoció que había compartido con Madison algo que no había comparado antes con ninguna otra mujer. Lo había compartido «todo».

Por ella había bajado la guardia.

Bajó los ojos hasta su pecho desnudo. Su atracción por ella sólo era física, intentó convencerse a sí mismo. Entonces, recordó cómo se había sentido emocionalmente, cada vez que ella había gritado su nombre mientras la embargaban voluptuosas oleadas de éxtasis. De acuerdo, tenía que reconocer que siempre recordaría esa noche, pero se negaba a aferrarse a ella y a empezar a pensar que había sido algo más que pura pasión. Le había enseñado algo; eso era todo. Nada del otro mundo. Había deseado demostrarle lo que dos personas podían hacer con el deseo, un deseo incontrolable de tan ardiente que era. Y eso había hecho. Lo único que le quedaba era encontrar a su madre y al tío Corey.

Frunció el entrecejo al pensar lo que iba a suceder después de eso. Cuando Madison viera que su madre estaba bien, probablemente volvería a Boston. El volvería al rancho de Durango y haría lo que había ido a hacer: empezaría a trabajar en su nuevo libro.

¿Por qué aquella idea de llevar caminos separados le rasgaba las entrañas? ¿Por qué sólo pensar que ella podía comparar con otro su pasión recién descubierta hacía que la llevaran los diablos? Había hecho el amor con otras mujeres y nunca le molestó pensar que podían acostarse con otros hombres cuando la relación con él acabara. De hecho, siempre le había aliviado bastante.

Tomó aliento. Necesitaba alejarse de Madison para poder pensar con claridad. Ella estaba haciendo que deseara cosas que ninguna otra mujer le había hecho desear y eso no le gustaba un ápice.

Se separó de ella con cuidado y saltó de la cama. Se puso los vaqueros sin molestarse en ponerse la ropa interior. No quería que se despertara porque no sabía qué iba a hacer ni a decir.

Antes de salir de la habitación, se volvió a mirarla y deseó no haberlo hecho. Estaba durmiendo acurrucada con una sonrisa de satisfacción en los labios. Parecía una mujer hecha para la pasión y sintió que todos los músculos de su cuerpo se endurecían por el deseo de volverle a hacer el amor.

Meneó la cabeza y se obligó a mirar hacia otro lado. Tenía que alejarse. Salió de la

habitación a paso ligero y cerró la puerta tras él.

Madison se estiró y comenzó a abrir los ojos, cegada por la luz que entraba por la ventana. Sintió algunos músculos doloridos, unos músculos que hacía mucho que no utilizaba. Sonrió. Desde luego, la noche anterior, sí los había utilizado.

Se sentó en la cama y miró alrededor, preguntándose dónde habría ido Stone. La noche anterior habían decidido que se levantarían temprano para llegar a la casa de su tío antes de que cayera la noche; pero, ahora, se sentía muy perezosa. Lo único que le apetecía era quedarse en la cama y esperar a que él regresara.

Un escalofrío la recorrió al recordar las cosas que habían hecho la noche anterior. El la había despertado a la pasión más sensual. Con Stone había sentido emociones y hecho cosas totalmente nuevas para ella. Sintió que se ponía colorada al recordar cómo él la había acariciado, cómo la había besado por todo el cuerpo, cómo le había hecho el amor. Tenía su aroma pegado a la piel, un aroma muy viril y sexy.

¿Qué había en Stone Westmoreland que había hecho que se olvidara de su prudencia y que hiciera lo que había hecho? ¿Qué había en él que la hacía desear volver a repetir la experiencia?

El tiempo pasaba y Stone no volvía a la cama. Tampoco se oía ningún ruido al otro lado de la puerta y Madison decidió averiguar dónde estaba.

¿En qué estaría pensando ahora por la mañana? ¿Se arrepentiría de lo que habían hecho? ¿Pensaría que ella esperaba algo de él ahora que habían hecho el amor? Recordaba perfectamente que él le había explicado que no pensaba casarse. Creía en el matrimonio, pero pensaba que no estaba hecho para él.

Dejó escapar un suspiro y salió de la cama. Miró la ropa que había por el suelo y decidió ponerse la camisa de Stone. Le llegaba por la mitad del muslo y le gustaba cómo le quedaba; además, simbolizaba que ella le pertenecía a él y viceversa.

Meneó la cabeza preguntándose cómo se le habría ocurrido aquello y decidió no volver a pensar en eso. Stone no estaba buscando una relación seria, ni ella tampoco.

Madison lo buscó por la casa, pero no lo encontró. Salió al porche y, entonces, lo vio. Estaba en la distancia, sin camisa, cabalgando sin montura, con una manta sobre el caballo.

Se apoyó en la columna y lo observó. Él le había dicho que sabía manejar un caballo y aquella manera de montar corroboraba sus palabras.

Algo lo hizo mirar a donde ella estaba y, cuando la vio, ella se quedó sin aliento. Trotó hacia ella y paró a su lado.

-Buenos días, Madison.

-Buenos días, Stone.

Una parte de ella le decía que debería sentir vergüenza por su manera de comportarse la noche anterior y por todo lo que habían hecho. Pero ella no tenía vergüenza. De hecho, ni siquiera le importaba estar delante de él con sólo su camisa encima. Parecía que toda su buena educación de Boston se había vuelto al norte sin ella.

Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Tenía un aspecto muy sexy. Su mirada se perdió en la de él y sintió un calor que le empezaba a nacer entre las piernas. La mirada de él se oscureció por el deseo.

-Monta conmigo -dijo él con voz ronca. Su voz era tan sensual que ella sintió un escalofrío.

Sin preguntarle dónde iban a ir o sin importarle que iba semidesnuda, aceptó la mano que él le ofrecía. Con un movimiento ágil, la levantó y, en lugar de sentarla detrás de él, la sentó delante y de frente. Después, la abrazó y puso el caballo al trote.

Cuando se alejaron un poco de la cabaña, disminuyó el ritmo. Al principio, ella se sentía incómoda cabalgando de frente a él; especialmente por la manera en que la miraba. Tampoco ayudó nada cuando el caballo se paró y comenzó a comer hierba. El comenzó a comerla a ella.

Se inclinó hacia ella y capturó sus labios, besándola con tal intensidad que el fuego empezó a consumirla. Ella lo rodeó con los brazos mientras disfrutaba del beso.

-¿No tienes miedo de que nos caigamos del caballo? -preguntó ella cuando él se separó.

-No. Sólo tienes que mantener el equilibrio.

Ella se preguntó cómo era posible mantener el equilibrio mientras la cabeza daba tantas vueltas. El beso de Stone le había puesto del revés y ella se sentía mareada por el impacto.

-Te queda bien mi camisa -dijo él mientras desabrochaba el primer botón. Después, fue el segundo, después, el tercero.

-¿Stone? ¿Qué estás haciendo? -preguntó ella sin aliento.

-Desvistiéndote.

Aquello estaba claro. Madison miró a su alrededor.

-Pero... pero estamos aquí fuera.

-Sí, pero estamos solos. Tú, yo y el caballo. Y él está muy ocupado comiendo para preocuparse por lo que nosotros hacemos.

-Sí, pero...

No pudo decir nada más porque él volvió a besarla. Sin que se diera cuenta, Stone se deslizó del caballo con ella en brazos, agarrando la manta al mismo tiempo.

Cuando el beso terminó, la dejó en el suelo.

Stone pensó en lo distinta que era de cualquier mujer con la que hubiera estado. Con Madison perdía el control y se preguntaba si ella sabía lo seductora que era; le daba la sensación de que no tenía ni idea.

Stone la había dejado sola en la cabaña porque necesitaba aclarar las ideas, pero en lo único en lo que había logrado pensar mientras había estado cabalgando había sido en

ella. No podía quitarse de la cabeza lo que le había hecho sentir aquella noche. Tampoco, la sonrisa de felicidad de su rostro después de llegar a la cima. Ella se había apretado contra su pecho y se había quedado dormida entre sus brazos como si ése fuera el sitio exacto donde quisiera estar. Como si ése fuera el sitio exacto al que perteneciera.

Con ese recuerdo firmemente grabado en la mente, levantó la mano y comenzó a acariciarle el pelo; necesitaba tocarla. La observó atentamente mientras sus ojos se oscurecían y con respiración agitada entreabría la boca.

Él la agarró por la nuca y acercó la boca a la de ella, a escasos milímetros le susurró:

-Quiero hacerte el amor bajo el cielo de Montana.

Ella cerró los ojos cuando sus labios se juntaron. Después, lo miró con deseo e incertidumbre. El la acarició con la esperanza de que lo último desapareciera, de que sólo quedara lo primero. En seguida, pareció que lo conseguía.

-Yo también quiero hacerte el amor bajo el cielo de Montana -le susurró cuando ya sólo había deseo en su corazón. Su voz sonó tan baja que él apenas la escuchó.

Stone tomó aliento al darse cuenta de la intensidad de su deseo por ella. La tomó de la mano y la llevó por un sendero entre la hierba verde de la pradera. Cuando encontró lo que consideró un lugar perfecto, extendió la manta sobre la hierba, se sentó y la sentó a ella encima.

Con su boca capturó la de ella y con una mano temblorosa, acabó de quitarle la camisa. Después de un beso largo y apasionado, se levantó y se quitó los vaqueros, no sin antes sacar una caja de preservativos del bolsillo.

«Es un hombre hermoso», pensó Madison mientras lo observaba ponerse el preservativo con manos temblorosas. Su pecho era ancho y musculoso y, en aquel momento, cubierto de gotas de sudor. Sus muslos eran fuertes y sus glúteos firmes, y aquella enorme erección le prometía más de lo que ya habían compartido la noche anterior. Ella tomó aliento.

Sentía que le dolía todo el cuerpo del deseo que le producía mirarlo. Era como si sintiera que un orgasmo estaba creciendo dentro de ella y eso que él sólo la había besado; pero su mirada estaba cargada de promesas de placer y satisfacción. Y ella lo quería todo.

Quería a Stone Westmoreland. No quería pensar en las implicaciones de aquella afirmación. Por el momento, no se podía permitir aquel lujo. Lo único en lo que quería pensar era en las emociones que recorrían su cuerpo. Se obligó a concentrarse en lo que estaba sintiendo mientras una vocecilla le susurraba: «Vive el momento. Disfruta de este instante con él al máximo».

Cuando Stone terminó de ponerse el preservativo, hizo una pausa para mirarla. La noche anterior, mientras hacían el amor, se había sentido unido a ella en plenitud. Era como si hubieran formado un tándem imposible de ignorar. Ya pensaría en eso más tarde; porque, en aquel momento, lo único que deseaba era hacerle el amor a aquella mujer que tenía encima de la manta, mirándolo con los ojos llenos de pasión.

Dejó escapar un suspiro y se preguntó cómo podía haber sobrevivido treinta y tres años sin saber de ella. Era hermosa, exquisita y, por el momento, era suya.

Suya.

Tomó aliento, sabiendo que tenía que decir algo y que tenía que elegir sus palabras con mucho cuidado. Quería que ella supiera que aquella no era una relación sexual más. Que lo que habían compartido la noche anterior había sido especial para él. Que había sentido cosas totalmente nuevas y que lo había acariciado como no lo había hecho nadie.

Cuando abrió la boca para decir algo, Madison se inclinó hacia él y le puso un dedo en los labios. No estaba preparada para oír lo que él tenía que decirle, especialmente, si se trataba de algo que pudiera romper el hechizo del momento, de lo que había entre ellos. No quería que él le dijera una vez más qué tipo de hombre era. Sabía que no estaba buscando ninguna relación seria y lo respetaba, pero no quería oírlo. Ninguno de los dos podía pasar por alto la pasión y el deseo de los dos y ella, por el momento, no quería pensar en nada más.

El le había enseñado muchas cosas. Se lo había enseñado todo. Hasta le había enseñado lo que se sentía al estar enamorada.

Porque ya no le cabía ninguna duda de que se había enamorado irremediablemente de él.

El apartó los dedos de sus labios y se acercó a su boca; primero para acariciarla, después, para devorarla con pasión. Ella sintió que su deseo se acrecentaba y que un calor intenso le recorría las venas. Tiró de él hacia ella, con la determinación de repetir en aquel momento lo que habían compartido por la noche.

El se separó de ella y con las manos y la boca se dedicó a volverla loca. Ella se retorció y gimió bajo él, suspirando su nombre, estirándose para tomar entre sus manos aquella parte de él que tanto deseaba.

Cuando tuvo la plenitud de su erección en sus manos, lo sujetó y lo miró a los ojos.

-¿Listo?

El calor de su mirada y la sonrisa de sus labios se lo dijeron todo. La pasión era tan intensa que apenas logró susurrar:

-Listo.

Ella lo soltó y él, con toda su potencia, buscó entre los pliegues de su feminidad hasta que encontró la abertura donde quería entrar. Con un movimiento suave de las caderas penetró en la cavidad húmeda y caliente de ella. La agarró por las caderas y ella lo envolvió con las piernas. Entonces, él entró aún más y ella sintió cada centímetro de su parte más íntima, todo. Él se movió hacia fuera y hacia dentro en su interior mientras sus labios la devoraban.

No dejó de besarla hasta que un gemido surgió de su garganta. El placer creció en espiral dentro de él. Aumentó el ritmo y su cuerpo comenzó a moverse más rápido, impulsándose con más fuerza y más adentro. Con todo su ser empujó para satisfacer a la mujer a la que le estaba haciendo el amor. Ella comenzó a temblar con un orgasmo que la hizo gritar y él supo que había conseguido su propósito.

Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que sus contracciones aumentaban y supo que durante toda su vida, recordaría aquella vez que le hizo el amor bajo el cielo de Montana. Entonces, sintió que el cuerpo de ella explotaba con otro orgasmo. El estaba allí con ella y continuó yéndose hasta que no le quedó nada más que dar.

-¡Stone!

-¡Madison!

Todo se transformó en un momento de debilidad sensual y él cautivó su boca; necesitaba estar unido a ella desde arriba hasta abajo. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, respondiendo a cada caricia deliciosa de su lengua.

Al rato, Stone se deslizó a un lado y la tomó en brazos, apretándola contra él. Ella escondió la cara en el hueco de su cuello y él no pudo evitar preguntarse cómo iba a arreglárselas cuando ella volviera a Boston.

-¿Estás segura de que no te importa pasar aquí otra noche?

Madison lo miró desde el otro lado de la mesa. Habían vuelto a hacer el amor al volver a la cabaña y, después, se habían quedado dormidos. Se habían despertado con hambre al cabo de unos horas y, después de vestirse, o medio vestirse, habían entrado en la cocina. Para ser dos personas que se enorgullecían de tener una energía inagotable, parecían bastante agotados.

Sorprendentemente, los armarios de la cocina no estaban vacíos. Había bastantes latas y decidieron compartir una sopa de tomate.

-Sí. Siempre que tengamos comida -dijo ella con una sonrisa-. Además, pronto se hará de noche.

El asintió y estiró una mano para agarrar la de ella.

-¿Te arrepientes de que no hayamos salido a primera hora como teníamos planeado?

Ella lo miró a los ojos.

-No.

Volvieron a la cama y volvieron a hacer el amor y, después, se vistieron para dar un paseo fuera.

-¿Estás lista para mañana? -le preguntó Stone, mientras caminaban agarrados de la mano junto al arroyo.

Ella lo miró. Delante de ellos había una espléndida puesta de sol.

-No. He estado tan absorta con lo que hemos estado haciendo que no he tenido tiempo de pensar en ello. Y quizá eso sea bueno.

-¿Por qué?

-Porque al compartir estos momentos contigo he abierto los ojos a otro mundo. No me gusta pensar en la vida amorosa de mis padres; ¿y si mi madre no hubiera experimentado con mi padre nada tan rico y tan profundo como la pasión que nosotros hemos compartido?

Stone la abrazó con fuerza.

-Quizá tus padres compartieron la pasión al principio -dijo él, aunque sabía muy bien a lo que ella se refería.

-Voy a hacer lo que tú me aconsejaste.

-¿Qué es?

-Mantener la mente abierta y no prejuizar.

El asintió.

-Seguro que tu madre te lo agradece. Probablemente, se sorprenderá enormemente al verte. Lo último que necesita es que la trates como si fuera un niña traviesa.

Madison tomó aliento.

-¿Crees que cometí un error al venir hasta aquí?

Él apoyó sus manos en la cintura de ella; tenía que ser sincero.

-Al principio, eso pensé; pero, ahora, sé que eres así. Estabas preocupada por tu madre. Creo que ella lo entenderá.

Madison también lo esperaba. Cuanto más se acercaba el momento de encontrarse con ella, más nerviosa se ponía al pensar en sus motivos para ir a buscarla. ¿Qué derecho tenía ella a interferir en la vida de su madre? Pero, después de todo, era su única familia y tenía derecho a preocuparse por ella. Sólo debía enfocar las cosas de otra manera. Ahora, gracias al hombre que tenía al lado, sabía lo que era la pasión y el amor.

Cuando todo estuviera arreglado con su madre, volvería inmediatamente a Boston. Los recuerdos que tendría de los momentos que había compartido con Stone la mantendrían caliente durante las noches solitarias cuando echara de menos estar desnuda a su lado; cuando deseara que sus sueños con él se hicieran realidad. Sólo pensar que tenía que dejarlo le producía un dolor tan fuerte que parecía que le iba a rasgar el corazón; pero sobreviviría... No tenía elección.

Capítulo Ocho

Cuando llegaron a la cima de la montaña donde Corey Westmoreland vivía, Madison se quedó con la boca abierta.

Desde que había ido a Montana se había acostumbrado a un paisaje espectacular que nunca antes había visto. Aun así, la casa enorme que se veía en la distancia, situada entre un grupo de pinos bajo el cielo maravilloso de Montana, la dejó sin aliento.

-¿Para qué quiere alguien un lugar tan grande?

Él sonrió.

-Principalmente por su familia, especialmente sus sobrinos. Éramos once los niños que veníamos cada verano.

Madison pestañeó.

-¿Quieres decir que veníais todos juntos?

Él soltó una carcajada.

-Sí. Todos pensaban que el tío Corey estaba loco, pero confiaban en que nos mantendría a raya y bien ocupados. Eso hacía y a nosotros nos encantaba. Tengo unos recuerdos maravillosos de este lugar.

Madison asintió.

-Le deben gustar mucho los niños.

La sonrisa de Stone se desvaneció.

-Sí. Es una pena que no haya tenido sus propios hijos.

-¿A ti te gustan los niños? -le preguntó ella, mirándolo fijamente. Él apartó la mirada.

-Sí, ¿por qué lo preguntas?

-Por nada. Quizá sea una pena que dentro de unos años te encuentres en la misma situación que tu tío.

El le sostuvo la mirada un rato, después, dijo en un tono muy bajo:

-Sí, quizá tengas razón. Vamos; lo más probable es que el tío Corey ya sepa que estamos aquí.

-¿Cómo puede saberlo?

-Porque él siempre sabe cuando alguien pisa su propiedad. Quizá no sepa de quién se trata, pero, definitivamente sabe que hay alguien.

Como para probar lo bien que Stone conocía a su tío, en el porche de la casa apareció la figura de un hombre. Llevaba puesto su sombrero de ala ancha y miraba hacia ellos fijamente, con una mano sobre los ojos, intentando averiguar la identidad de los intrusos. Al rato, una sonrisa se dibujó en su rostro; evidentemente, había reconocido a su sobrino.

Cuando se acercaron a él. Lo primero de lo que Madison se dio cuenta fue del gran parecido entre los dos hombres. Tenían los mismos ojos, la misma frente, la misma barbilla y los mismos labios.

Lo siguiente de lo que se percató fue de que para ser un hombre de cincuenta y cuatro años era muy atractivo. Al igual que sus dos sobrinos, era magnífico. Cuando se quitó el sombrero, vio que su pelo negro tenía algunas canas en las sienes que lo hacían aún más interesante. Además, parecía estar en una excelente forma física. Definitivamente, aquél era un hombre que podía atraer la atención de cualquier mujer y, decididamente, entendía por qué su madre lo había encontrado atractivo e irresistible.

En cuanto, Corey llegó a su lado, Stone paró el caballo y, de un salto, se puso al lado de su tío.

-¡Vaya, vaya, Stone! ¡Cuánto me alegro de verte! Casi me olvidé de que Durango me había dicho que vendrías de visita. Tengo el teléfono estropeado desde hace un par de semanas y he estado totalmente aislado de la civilización.

Corey Westmoreland se giró entonces hacia Madison, que todavía estaba sobre su caballo mirándolo.

-¿Qué tal, señorita? -la saludó llevándose una mano al sombrero-. Bienvenido a la Montaña de Corey. ¿A quién tengo el gusto de saludar?

Madison notó la expresión de diversión en los ojos oscuros de Corey Westmoreland y supo que él había llegado a la conclusión de que estaba allí porque Stone y ella eran amantes. En parte tenía razón.

El hombre le ofreció la mano para ayudarla a desmontar y ella la aceptó. Stone fue a su lado.

-Me llamo Madison Winters y he venido a ver a mi madre.

Durante un momento nadie dijo nada, después, Madison percibió cómo la mirada de Corey se llenaba de ternura.

-¿Así que, tú eres Madison? He oído hablar mucho de ti. Abby se alegrará de verte.

Madison asintió mientras intentaba leer alguna señal de que no lo decía en serio.

-No sabe que venía.

Él se rió.

-Eso no importa. Esperaba que hubieras recibido sus mensajes y que no estuvieras preocupada. Con el teléfono estropeado, no podía llamarte más. Espero que Liam se recupere pronto y lo arregle.

-¿Liam?

-Sí. Es otro ranchero que vive en la montaña de enfrente. También es electricista y suele arreglar todas las averías -Corey se quitó el sombrero y se pasó una mano por la frente-. Pero ya basta de charla, seguro que estás deseando ver a tu madre.

-La verdad es que sí -dijo ella mirando a su alrededor-. ¿Está todavía aquí?

El ranchero la miró con una sonrisa.

-Sí. Entra en la casa y la verás enseguida. Cuando yo salí estaba preparando la cena.

Madison pestañeó incrédula.

-¿La cena? ¿Mi madre?

-Sí.

Madison frunció el entrecejo. No recordaba la última vez que su madre había cocinado algo. Se volvió a Stone.

-¿Vienes?

El meneó la cabeza.

-Más tarde. Tengo que hablar con el tío Corey de algo.

Ella asintió. Sabía que aunque quizá era cierto que tenía que hablar con su tío, lo más probable era que quisiera dejarla a solas con su madre.

-De acuerdo -sin decir nada más, caminó hacia la casa sola, preguntándose qué le iba a decir a su madre cuando la viera.

Madison abrió la puerta cuidadosamente y entró en la casa. Escuchó el sonido de una mujer tarareando e, inmediatamente, reconoció la voz de su madre. Rápidamente, echó un vistazo a su alrededor. El interior de la casa de Corey era tan impresionante como el exterior. Los muebles eran de madera y de cuero y estaban hechos para durar para siempre. El lugar parecía limpio y se notaba que había gente viviendo. Varios jarrones con flores le daban el toque femenino.

-La cena casi está lista, Corey. Creo que después nos podríamos dar un baño en el jacuzzi, ¿qué opinas?

Madison tragó con dificultad al escuchar la voz de su madre. Evidentemente, había oído la puerta y había deducido que se trataba de Corey.

Tomó aliento y cruzó el salón hacia la cocina. Su madre, la siempre impecable Abby Winters, estaba inclinada mirando dentro del horno. Llevaba unos vaqueros, una camiseta ajustada, estaba descalza y llevaba el pelo suelto por la espalda. Siempre se había cuidado mucho y tenía una bonita figura; la ropa que llevaba demostraba lo bien que estaba.

Madison pestañeó, no estaba segura de si aquella mujer sexy que estaba en la cocina de Corey era su madre. Más bien parecía una mujer de unos treinta años, en lugar de una señora que acababa de cumplir los cincuenta.

Además, le costaba creer que la mujer que normalmente llevaba trajes de chaqueta, zapatos de tacón y el pelo recogido en un moño fuera la misma persona que tenía delante de ella.

-¿Mamá?

Abby Winters giró la cabeza y se encontró con la mirada incierta de Madison. Pestañeó con fuerza, como para asegurarse de que de verdad era su hija y, después, con una sonrisa enorme, cruzó la habitación hacia ella con los brazos abiertos.

-Maddy, ¿qué estás haciendo aquí? -le preguntó, mientras le daba un abrazo enorme.

-Quería asegurarme de que estabas bien -respondió ella.

Su madre levantó una ceja preocupada.

-¿No escuchaste mis mensajes de que me iba a quedar más tiempo?

-Sí, pero tenía que ver con mis propios ojos que estabas bien.

Abby volvió a abrazarla.

-¡Oh, cielo! Siento mucho que te preocuparas por mí porque estoy bien.

Madison suspiró. Necesitaba escuchar algo más que eso; pero antes de que pudiera abrir la boca para decir algo, escuchó la puerta principal y Stone y Corey entraron en la casa. Vio la expresión de la cara de su madre y después la del tío de Stone. Si tenía alguna duda de lo que había entre ellos, desapareció inmediatamente al ver la mirada de complicidad que intercambiaron. Estaba bien que ya estuvieran en la cocina porque podía sentir el calor que corría entre los dos.

Madison se aclaró la garganta.

-Mamá, éste es Stone, el sobrino del señor Westmoreland y amigo mío. Stone, te presento a mi madre, Abby Winters.

Vio a Stone pestañear y supo que el dibujo tan sofisticado que le había hecho de su madre no tenía nada que ver con lo que estaba viendo. El dio un paso hacia delante y le estrechó la mano.

-Encantado de conocerla, señora Winters.

Abby Winters sonrió afable.

-Para mí también es un placer, Stone. Corey habla maravillas de ti y, además, he leído todos tus libros. Son estupendos.

-Gracias.

-Y, por favor, llámame Abby -miró a Madison-. ¿Cómo os habéis conocido?

-En el vuelo -respondió Stone antes de que Madison pudiera decir nada. La sonrisa de Abby se amplió.

-Qué bien. Me alegro de que Maddy viajara acompañada; le da pánico volar.

La habitación se quedó en silencio y Abby habló de nuevo.

-Corey y yo estábamos a punto de cenar. El os enseñará dónde podéis quedaros y después comeremos juntos. Seguro que tenéis hambre.

Lo que Madison tenía era mucha curiosidad por saber lo que había entre Corey y ella; pero pensó que ya hablarían más tarde.

-De acuerdo.

Tomó aliento y Stone y ella siguieron a Corey.

-¿Así que, no tienes ni idea de quién está investigándote, tío Corey? -preguntó Stone más tarde a su tío mientras tomaban el fresco en el porche.

La cena había estado deliciosa. Madison y su madre estaban dentro recogiendo; seguro que Madison estaba aprovechando para enterarse de todo sobre la relación de su madre con Corey. Su tío todavía no le había contado nada y actuaba como si aquella situación

fuera la más normal del mundo.

Corey se apoyó en un poste.

-No, no tengo ni idea -dijo meneando la cabeza confundido-. Pero si Quade se va a ocupar del asunto, ya sólo me queda esperar -después, miró a su sobrino-. Madison es una preciosidad; me recuerda Abby cuando era más joven.

Stone miró a su tío sorprendido.

-¿Ya la conocías?

Corey se rió divertido.

-Por supuesto. ¿Creías que nos acabábamos de conocer?

Stone meneó la cabeza como para aclarar su mente.

-Diantre, tío, no sabía qué pensar y Madison estaba aún más confundida.

Corey asintió.

-Seguro que Abby se lo estará explicando todo.

Stone se cruzó de brazos.

-¿Qué te parece si tú me lo explicas a mí?

Corey dejó escapar un suspiro.

-De acuerdo. Vamos a dar un paseo.

Tomaron el sendero que conducía al arroyo y que Stone recordaba tan bien. El sol ya se había puesto, pero todavía no había oscurecido del todo. El aire olía a pino.

-Abby y yo nos conocimos durante mi último año en la escuela. Ella había ido con su padres a visitar el parque de Yellowstone, era su premio por acabar el instituto. Yo trabajaba a media jornada en el parque y nunca olvidaré el día que la vi. Apenas tenía dieciocho años y yo pensé que me había muerto y que estaba en el cielo. Cuando tuve la oportunidad de hablar con ella sin sus padres delante, supe que me había enamorado y que nunca la olvidaría -dijo con una sonrisa-. Y ella sintió lo mismo. Fue amor a primera vista y la atracción también fue inmediata -la sonrisa se desvaneció—. Pero era un amor imposible porque ella estaba a punto de comprometerse con otro hombre, un chico que estudiaba en Harvard. Su familia lo había elegido por ella, uno de esos matrimonios concertados entre familias. Yo sabía que Abby no iba a contradecir a sus padres. Además, yo tampoco estaba en posición para pedirle que se quedara conmigo. La familia de su novio tenía dinero y yo ni siquiera tenía trabajo estable. Cuando se marchó no volví a verla nunca; pero se llevó mi corazón. Entonces, supe que nunca me casaría porque había perdido para siempre a la mujer a la que quería.

Stone asintió, preguntándose cómo se sentiría uno al perder para siempre a la mujer a la que amaba.

-¿No hubo ninguna otra mujer en estos años?

Corey meneó la cabeza.

-No. Hubo una mujer con la que estuve saliendo un año o dos después, cuando trabajé de guardabosques en las montañas de Tennessee. Intenté que todo saliera bien, pero no pude. Estuvimos juntos casi un año, pero ella sabía que mi corazón pertenecía a otra mujer. Y un día se marchó y nunca más supe de ella.

Stone volvió a asentir.

-Así que, ¿cuando viste a Abby hace tres semanas, fue la primera vez que os veáis en treinta y dos años?

Corey sonrió.

-Sí. Y nos reconocimos de inmediato. Además, la chispa aún estaba ahí. Y, después de unas horas juntos, contándonos nuestras vidas, decidimos hacer lo que no habíamos hecho entonces: marcharnos y estar solos. Después de hablar con ella tenía claro que ella había vivido una vida tan solitaria como la mía y pensamos que nos debíamos algo y decidimos comenzar a disfrutar de la vida y ser felices. Sólo lleva aquí tres semanas, pero ha traído felicidad a mi vida. Ahora no me puedo imaginar sin ella y ella me ha asegurado que siente lo mismo.

Stone se paró y miró a su tío.

-¿Estás diciéndome algo?

Una sonrisa enorme apareció en la cara de Corey Westmoreland.

-Le he pedido a Abby que se case conmigo y ha aceptado.

Madison miró a su madre en estado de shock.

-¿Casarte? ¿Corey y tú?

Abby sonrió a su única hija mientras le pasaba una bandeja para que la secara.

-Sí y yo he aceptado.

-Así que, yo tenía razón al pensar que papá y tú nunca os habíais querido.

Abby tomó las manos de su hija entre las de ella.

-En cierta forma, tu padre y yo nos quisimos; pero no de la manera que quiero a Corey. Mientras tu padre estuvo vivo, yo me empeñé en que nuestro matrimonio funcionara, y lo conseguí. Madison, siempre le fui fiel a tu padre y fui una buena esposa.

Madison sabía que era verdad.

-¿Así que, viniste aquí con la esperanza de encontrar a Corey de nuevo?

Abby sonrió mientras meneaba la cabeza.

-No. Yo me imaginaba que Corey estaría casado y con hijos. Sabía que quería ser guardabosques, pero ni siquiera sabía que vivía aquí. Imagínate mi sorpresa cuando aquella noche entró en el restaurante donde estaba cenando con mis amigas. El me miró y yo lo miré a él y fue como si no hubieran pasado los años. Enseguida supe que todavía lo amaba y que la parte más feliz de mi vida había sido el verano que pasé con él.

Apretó las manos de Madison entre las suyas.

-Pero eso no quiere decir que tu padre no me hiciera feliz. Sólo significa que con Corey puedo ser alguien que nunca pude ser con tu padre.

En cierta manera, Madison entendía lo que le quería decir. Durante los dos últimos

días, se había comportado con Stone como nunca lo había hecho con Cedric.

-¿Cuándo es la boda?

-Dentro de unos meses.

-¿Qué va a ser de ti? ¿De tu vida de Boston?

Abby sonrió.

-Por lo que respecta al centro, puede seguir funcionando sin que yo esté allí. Y mis amigas, las buenas, seguro que se alegran por mí. Lo único que realmente me preocupa eres tú. ¿Lo entiendes? -preguntó su madre mirándola fijamente.

Madison la miró a los ojos. Sabía lo que se sentía al desear ser feliz, principalmente porque también sabía lo que se sentía al estar enamorada. Por raro que pudiera parecer, su madre todavía amaba a Corey después de tantos años. ¡Su amor había sido tan fuerte que había aguantado treinta años de separación! Ella sabía que su madre estaba esperando una respuesta. También sabía que esa respuesta era muy importante para ella. Abby Winters tenía razón: las personas que de verdad la querían entenderían su necesidad de ser feliz.

Madison abrazó a su madre.

-Sí, mamá, claro que te entiendo y soy muy feliz por ti. Si casarte con Corey Westmoreland te hace feliz, entonces, yo también soy feliz.

Abby abrazó a su hija.

-Gracias, cariño.

Stone miró el reloj que tenía sobre la mesilla de noche. Eran más de las doce y seguía sin poder dormir. Tenía a Madison en la cabeza. Su madre y ella se habían unido a ellos en el porche y ella había felicitado a su tío por la boda, incluso se había atrevido a darle un abrazo y darle la bienvenida a la familia. El tío Corey había hecho lo mismo con ella.

Después, Madison les había dicho que estaba cansada y que quería irse a la cama. El sabía que ella no se cansaba con facilidad, así que, lo más probable era que aquello fuera sólo una excusa para pensar en los nuevos acontecimientos.

Saltó de la cama y se puso los vaqueros. Abrió la puerta despacio y salió al pasillo. Había recorrido ese pasillo muchas veces y se conocía muy bien todos sus recovecos. La habitación de Madison estaba a dos puertas de distancia de la de él. Se preguntó cómo se sentiría al saber que su madre y el tío Corey probablemente estaban compartiendo la cama, especialmente, desde que les habían contado que pensaban casarse.

Abrió la puerta sigilosamente y pasó. En cuanto entró en la habitación, la vio de pie junto a la ventana. Llevaba un camisón muy ligero que se transparentaba con la luz de la luna.

-Madison -susurró su nombre y ella se volvió.

-¿Stone?

Sin responder, él cruzó la habitación, la tomó en sus brazos y la besó. Necesitaba

saborearla. Su respuesta hizo que el beso cobrara intensidad y, cuando su lengua se enredó con la de ella, los gemidos ahogados que brotaron de su garganta casi lo llevan al límite.

El se separó con suavidad.

-Estuviste muy callada durante la cena. ¿Estás bien?

Ella asintió contra su pecho y él la apretó con más fuerza.

-Son felices juntos, Madison -le dijo, intentando darle más confianza.

Ella se apartó unos milímetros y miró hacia arriba.

-Lo sé, Stone, y eso es lo que me parece tan triste. Han estado todos estos años enamorados sin poder estar juntos.

Stone asintió.

-Sí, mi tío me lo dijo.

Madison dejó escapar un suspiro.

-Fue amor a primera vista. Pero ella estaba desuñada para otro hombre.

Stone la miró.

-¿Cómo te hace sentirte eso?

-Me dan pena los tres. Me parece ridículo que los padres tengan que planear los matrimonios de sus hijos. Yo nunca le haría algo así a mis hijos.

Stone le estaba frotando la espalda. De repente se paró.

-¿Hijos? ¿Piensas tener hijos?

Ella sonrió.

-Sí, claro. Algún día.

El asintió. Aquello también significaba que pensaba casarse algún día. Maldición. Desde luego, ese pensamiento no le hacía ninguna gracia.

-Tienes que meterte en la cama e intentar dormir un poco.

Los ojos de ella se iluminaron.

-Sólo me meteré en la cama si tú te metes conmigo.

El meneó la cabeza.

-¿Con tu madre y el tío Corey al otro lado del pasillo? No creo que sea una buena idea -no quiso decirle que dudaba que pudiera estar tumbado junto a ella sin hacerle el amor y sus relaciones sexuales solían ser bastante ruidosas.

-Por favor. Te prometo que me voy a portar bien. Sólo quédate conmigo un rato.

Él la miró y supo que no tenía ninguna intención de comportarse bien. Si se quedaba tendría que tener suficiente fuerza de voluntad para controlarse por los dos.

-De acuerdo. Me quedaré contigo un rato.

-Gracias, Stone.

Caminó con ella hasta la cama y apartó las sábanas. Ella se metió dentro y él, a su lado, rodeándola con los brazos. Ella acomodó su cuerpo contra él y sintió cómo crecía su

erección a través de los vaqueros.

-¿No estarías más cómodo si te quitaras los pantalones? -preguntó con fingida inocencia. El la apretó con fuerza.

-Duérmete, Madison -le gruñó al oído.

-¿Estás seguro de que quieres que haga eso?

-Sí, estoy seguro. Ahora, duérmete.

El sabía que no quería que ella se durmiera; pero, en aquellas circunstancias, no tenía más remedio. No le habían pasado por alto las miradas de su tío durante la cena. Su tío y Abby sentían curiosidad por ellos dos. Aunque no habían preguntado nada, se habían quedado muy callados cuando Madison, inocentemente, les había dicho que habían estado dos días en la cabaña de los Quinn.

Al cabo de un rato, lo único que se oía en la habitación era la respiración acompasada de Madison. Se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios, después, salió de la cama para volver a su habitación. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia ella y supo que si él hubiera estado en la piel de su tío hacía treinta años y si Madison hubiera sido su madre, de ninguna manera la habría dejado ir para casarse con otro hombre.

Por nada del mundo habría dejado él que algo así pasara.

Capítulo Nueve

Las dos semanas siguientes pasaron a toda velocidad y el corazón de Madison lloraba de pena cada vez que veía a su madre y a Corey juntos. Era obvio que estaban enamorados y que estaban recuperando el tiempo perdido. Nunca había visto a su madre sonreír tanto y parecía que Corey había logrado sacar de ella a una mujer totalmente nueva. Ahora, a su madre le gustaba cocinar, preparar postres y ayudaba a Corey con las tareas de la finca como si fuera lo más natural. Los días de la Abby sofisticada habían terminado; aunque no del todo: seguía poniendo la mesa como si tuviera invitados especiales a cenar y, de vez en cuando, se podía oír música clásica por la casa.

Madison veía cada vez mejor el cambio de su madre e iba aceptando a Corey como parte de la familia.

Entonces, pensó en su propia vida amorosa o, mejor aún, en la falta de ella. Stone todavía la visitaba cada noche y se quedaba abrazado a ella hasta que se dormía. Por respeto a su madre y a su tío, se negaba a hacerle el amor; aunque, ella siempre probaba a tentarlo.

Llevaba un tiempo soñando con que llegara esa mañana. Su madre y Corey les habían dicho que iban a visitar a otro rancho que vivía al otro lado de la montaña. Eso significaba que Stone y ella estarían solos y tendrían toda la casa para ellos. Desde luego, pensaba hacer buen uso de ella.

Era consciente de lo difícil que había sido para él mantener las manos apartadas de ella e igual de difícil había sido para ella. Sólo tenía que mirarlo a los ojos para ver el deseo reflejado en ellos y para saber que estaba disfrutando de las corrientes sensuales que sus ojos irradiaban.

Stone se pasaba los días fuera, ayudando a su tío con las tareas del rancho y a construir un nuevo granero. Cuando volvía por la tarde, se daba un baño antes de cenar y, normalmente, se retiraba a su habitación a trabajar en su libro después de charlar con todos un rato. Pero, sin importar lo cansado que estuviera, siempre iba cada noche a la habitación de ella a pasar un rato a su lado. A veces, simplemente charlaban. Hablaban del libro en el que él estaba trabajando, sobre las escenas que había escrito ese día. En un par de ocasiones, le leyó lo que había escrito y ella se sorprendió de que pudiera escribir aquellas cosas.

Madison dejó escapar un suspiro de decepción y se sentó en la mesa de la cocina. Parecía que Stone y ella no iban a tener el rancho para ellos solos después de todo. Corey les había anunciado durante el desayuno que habían cambiado de opinión y que ya visitarían a los Monroes en otra ocasión. Al mirar a Stone, vio en los ojos de él que sentía la misma desilusión que ella.

-Hace un día precioso para salir al campo, ¿no crees?

Ella miró a su alrededor y se encontró con la sonrisa de su madre, después, se encogió de hombros.

-¿Por qué no vas a buscar a Stone y le propones una excursión a Cedar Canyon? Podéis llevaros la camioneta. Es precioso y hay un lago en el que os podéis bañar.

-No me he traído traje de baño.

Abby se rió.

-Puedes llevarte uno de los míos. Ésa fue una de las primeras cosas que Corey me dijo que comprara para venir aquí. Con tantos arroyos y lagos, hubiera sido una pena no tener uno.

Madison miró por la ventana y vio a Stone en la distancia, estaba apoyado en una valla observando a su tío amarrar un ternero.

-Quizá Stone esté muy ocupado para marcharse así.

Abby volvió a reír.

-Oh, no sé. Algo me dice que le gustará la idea.

Desde luego que le gustó la idea. Cuando Madison se lo contó, ni siquiera perdió el tiempo en ir a la casa a darse un ducha y cambiarse. Se moría de ganas por estar a solas con ella y, por la manera en que conducía la camioneta, parecía que tenía muchas prisas por llegar a su desuno. -Vamos a llegar enseguida, ¿verdad, Stone? Stone la miró y, aunque ella estaba sonriendo, dedujo que quería que fuera más despacio.

-Perdona, me imagino que tengo muchas ganas de llegar.

-¿Por qué? ¿Tienes hambre?

El la miró a los ojos y decidió ser totalmente sincero.

-Sí, claro que tengo hambre. Pero esta hambre no tiene nada que ver con lo que hay en esa cesta. Tú eres lo que yo deseo.

La sonrisa de ella se hizo más grande.

-Sólo estaba comprobando si todavía me deseabas.

El se echó hacia un lado y paró el coche.

-Te deseo, Madison, no lo dudes. Te deseo tanto que me duele. Te deseo tanto que si no hacemos algo pronto, quizá sufra algún percance.

Ella miró hacia su pantalón y entendió lo que quería decir.

-Entonces, lo mejor será que lleguemos cuanto antes.

-No.

-¿No?

-No creo que pueda esperar más.

Ella levantó una ceja y vio que él se desabrochaba la camisa. Se la quitó y la echó sobre el asiento trasero.

Ella tragó con dificultad. Lo había visto sin camisa en innumerables ocasiones, pero aun así, cada vez que lo veía sentía calor y cosquilleo entre las piernas. ¡Y no quería ni pensar en lo excitada que se ponía cuando lo veía desnudo!

-¡Vaya, vaya! ¿Puede alguien decirme lo que pasa aquí? -dijo con la voz rota por el deseo.

El se rió. Su risa era tan excitante como todo lo demás.

-¿Sabes una cosa que me gusta de esta camioneta? Que es muy espaciosa.

Se desabrochó la cremallera y levantó las caderas para quitarse los vaqueros. Madison no le quitaba ojo.

-En lugar de mirarme tanto, podías empezar a desvestirme.

Ella pestañeo inocentemente.

-¿No creo que me estés sugiriendo que me desnude?

-Sí, eso es exactamente lo que te estoy sugiriendo porque verte desnuda es una de las cosas que más me gustan en este mundo. Te quiero desnuda y abierta debajo de mí. Después, quiero deslizarme dentro de ti y acariciarte hasta que no puedas más -susurró él con intensidad.

El corazón de Madison comenzó a latir con más fuerza. Y el calor de su feminidad empezó a quemarle. Todo el cuerpo le empezó a arder; pero ahí, especialmente.

-De acuerdo, me has convencido -dijo ella levantándose la falda y quitándose las braguitas-. Recuérdame que no me las olvide -añadió ella, mostrándole una prenda diminuta de encaje negro.

El se la quitó de las manos y se la metió en el bolsillo del vaquero. Después, sacó un paquete de preservativos.

-Intentaré recordar que tengo que devolvértelas -dijo con una gran sonrisa.

Después, dejó los vaqueros al lado de la camisa.

-Necesitas ayuda con la falda y la blusa.

Ella sonrió.

-No, gracias. Creo que puedo arreglármelas -dijo, pensando que en su estado actual se habría sentido tentado de rasgarle la ropa.

-De acuerdo -dijo él mientras la miraba atentamente.

Contuvo el aliento al ver que no llevaba sujetador y que, al quitarse la blusa, sus pechos salía libres. Su ya rígido miembro se puso más erecto.

Madison miró a Stone.

Dios, lo deseaba tanto. Sus palabras la habían encendido y no le dio ninguna vergüenza quedarse desnuda en el vehículo. Estaba empezando a descubrir que con Stone podía ser civilizada y sofisticada y, a la vez, traviesa y alocada.

Él echó el asiento para atrás y el espacio se agrandó.

Ella se humedeció los labios mientras lo miraba, sobre todo, mientras miraba cierta parte de él.

-¿Estás seguro de que nadie va a vernos?

-Estoy seguro. Nunca dejaría que nadie te viera así; tengo intenciones de ser el único hombre que te vea desnuda.

Ella abrió la boca para decirle que aquello sonaba a declaración, como si tuviera intenciones de pasar con ella una buena temporada; pero antes de que pudiera decir

nada, él aprisionó su boca con la suya y la atrajo hacia él.

Su beso era un fiel reflejo de todo lo que le había dicho que la deseaba; de todo lo que se había estado guardando durante las últimas semanas. Ahora, se estaba liberando y el gemido que surgió de la garganta de ella demostraba cuánto le gustaba.

Había echado de menos aquello, una oportunidad para gemir y gruñir a su antojo sin tener que preocuparse por si alguien la oía. Además, sabía que Stone tenía algo reservado para ella; sabía que iba a hacerla gritar.

Con un movimiento ágil y suave, la tumbó sobre el asiento y ella sintió aquella parte dura de él buscando su camino entre sus cálidos pliegues. Ella decidió que lo menos que podía hacer, ya que lo deseaba tanto, era ayudarlo. Alargó la mano y lo sujetó con fuerza. Estaba caliente, dura y grande.

-Llévala a casa, nena.

Las palabras de Stone, susurradas con una voz rota por el deseo hizo que una oleada de pasión le recorriera el cuerpo.

Él se puso las piernas de ella sobre los hombros y ella lo guió a donde él quería. Cuando entró, se coló hasta bien adentro y su gruñido de placer se confundió con el suspiro de satisfacción de ella.

El la miró a los ojos y el deseo que se reflejaba en su mirada, la afectó como nada la había afectado jamás.

Él sonrió y ella también.

-Ya sabemos que este vehículo es espacioso, ahora, vamos a ver lo que aguanta.

Antes de que ella se pudiera imaginar lo que quería decir, comenzó a empujar con frenesí. El asiento se movía mucho y ella pensó que todo el vehículo debía estar moviéndose mientras el cuerpo de él se fusionaba con el de ella una y otra vez.

-No me canso de ti, Madison -gruñó él mientras seguía uniéndose a ella, sorprendido por la intensidad de su deseo. Apretó la mandíbula y un sonido silbante escapó entre sus dientes cuando ella apretó sus músculos alrededor de él, sin piedad. Él reaccionó empujando aún más. Ella sintió su cuerpo convulsionarse y el grito que salió de su garganta fue tan fuerte que todos los animales salvajes que había por los alrededores debieron salir despavoridos. En aquel mismo instante, él pensó que se debía haber vuelto loco, especialmente, cuando la oyó explotar con otro orgasmo.

¡Maldición!, pensó Stone. Nunca había tenido una experiencia tan fulminante.

Se dejó caer extenuado en los brazos de ella. Era un milagro que la furgoneta no se hubiera desarmado. Desde luego, las ventanas estaban totalmente empañadas.

Levantó la cara para mirar a la mujer que tenía debajo de él. Todavía estaban unidos íntimamente y sintió que volvía a desearla. Y supo, sin ninguna duda, que no estaba loco sino totalmente enamorado.

-¿Qué tal fue la excursión? -preguntó Corey mientras se sentaba a la mesa para cenar.

-Estuvo bien -dijo Madison, rápidamente, mirando a Stone al otro lado de la mesa. Se alegró de que él no levantara la cabeza porque, si lo hubiera hecho, se habría notado algo. Después de hacer el amor en la camioneta por segunda vez, habían continuado hacia Cedar Canyon. Habían extendido una manta junto al lago y se habían tomado la comida que su madre les había preparado. Después, se habían desnudado y habían vuelto a hacer el amor sobre la manta antes de darse un baño. Hicieron el amor unas cuantas veces más antes de volver al rancho. Así pues, la excursión había estado más que bien.

Después de la cena, estaban sentados en el porche, charlando sobre el nuevo granero, cuando los perros se pusieron a ladrar. Corey se puso de pie.

-Parece que tenemos visita -dijo agudizando la vista. Una sonrisa iluminó su rostro-. Parece que son Quade y Durango y otras dos personas.

Todos se quedaron mirando a los jinetes. Madison pestañeó sorprendida de que Corey no reconociera a las otras dos personas, porque por el parecido debían ser de la familia. Los cuatro podrían pasar por hermanos. Miró a Stone, que estaba mirando a los otros dos hombres con curiosidad. Los cuatro jinetes desmontaron y se acercaron al porche.

-Durango, Quade, me alegro de verlos -dijo Corey dándole a sus sobrinos unos abrazos. Después se dirigió hacia los otros dos hombres.

-Me llamo Corey Westmoreland, bienvenidos a mi rancho -después, frunció el ceño, como si al verlos se sintiera confundido. Los miró un segundo-. ¿Os conozco de algo? No me gusta mirar así, pero os parecéis un montón a mis sobrinos.

Quade se aclaró la garganta.

-Hay una razón para eso, tío.

Corey levantó las cejas con gesto interrogante.

-Seguro que Stone te dijo que alguien estaba buscándote -dijo Durango.

-Sí -asintió él.

Todos los demás permanecían en silencio.

Uno de los hombres, el más alto de los dos, habló:

-¿Recuerdas a Carolyn Roberts?

Corey dejó caer los brazos.

-Sí, me acuerdo de ella. ¿Qué tiene que ver ella con vosotros?

El otro hombre, que era tan alto como Corey contestó.

-Era nuestra madre.

-¿Era? -preguntó él, con suavidad.

-Sí, murió hace seis meses.

Corey meneó la cabeza con tristeza mientras recordaba a la mujer con la que había salido durante un año.

-Lo siento mucho. Tu madre era una buena mujer.

-Sí. Nos dijo, antes de morir, que tú eras un buen hombre -dijo el más alto. Corey dejó escapar un suspiro.

-Me alegro de que pensara así de mí.

-Eso no es todo lo que les dijo, tío Corey. Creo que tienes que oírlo todo —dijo Quade. Después de mirar a su sobrino, Corey se volvió hacia los dos hombres.

-¿Qué más os dijo?

Los hombres se miraron antes de contestar.

-También nos dijo que tú eras nuestro padre.

Evidentemente, la noticia había afectado a Corey en lo más profundo, pensó Madison. Pero sólo había que mirar a los hombres para saber que aquella afirmación era cierta. Quade era muy guapo y le recordaba a Stone. Era callado, pero, cuando él hablaba, la gente lo escuchaba.

Luego estaban los otros dos hombres, hasta entonces, desconocidos. Se llamaban Clint y Cole.

Corey los invitó a pasar a la casa, para que le contaran toda la historia.

Cuando se sentaron en la mesa, parecía que todos estaban listos. Su madre, como la buena anfitriona que siempre había sido, preparó café y sacó unas galletas cuando los hombres rechazaron la cena.

Abby se sentó al lado de Corey. Madison entendía que su madre se quedara con ellos, pero, al ser un asunto familiar, pensó que debía dejarlos solos. Cuando iba a salir de la habitación, Stone la agarró del brazo y casi la sienta sobre su regazo.

-Quédate -le dijo tan cerca de los labios que pensó que iba a besarla.

Ella miró a Quade que tenía una sonrisa misteriosa en los labios.

Sin decir nada, Madison se sentó en una silla al lado de Stone.

-¿Podéis empezar por el principio? -les rogó Corey a Clint y Cole.

Clint, el más alto, comenzó a hablar:

-Hace veintinueve años, mi madre tuvo trillizos.

-¡Trillizos! -exclamó Corey, levantándose ligeramente de su asiento. Clint asintió.

-Sí.

Corey meneó la cabeza.

-Los embarazos múltiples son muy comunes en mi familia; pero, iyo ni siquiera sabía que estaba embarazada!

-Lo sabemos. Nos dijo que se marchó sin decírtelo después de que rompierais. Se marchó a Texas, con unos tíos. Se presentó en su puerta con una historia inventada. Les dijo que se había casado con un hombre que iba de rodeo en rodeo y que había muerto en una competición. Les dijo que ese hombre se llamaba Corey Westmoreland. Incluso consiguió documentos falsos para probarlo. Nos imaginamos que hizo aquello porque sólo tenía veinticuatro años y sus tíos, su única familia, eran muy mayores y muy religiosos.

Probablemente, la habrían mirado mal si les hubiera dicho que no estaba casada.

Clint hizo una pausa para dar un sorbo a su café y después continuó:

-De cualquier forma, se enteró de que iba a tener trillizos y, como ya se había acostumbrado a ser la señora Westmoreland, nos puso el apellido a nosotros. Era lo más normal. Crecimos pensando que nuestro padre había muerto antes de que nació. Cuando nuestra madre estaba postrada en la cama nos contó toda la historia, a los pocos minutos murió.

Colé siguió con la historia.

-Nos dijo que nuestro padre era Corey Westmoreland, pero que no estaba muerto. No sabía dónde estabas. Nos pidió que te buscáramos y que te dijéramos que sentía mucho no haberte dicho nada de nosotros. Si te hubiera dicho lo de su embarazo seguro que habrías hecho lo más honesto y te habrías casado con ella; pero ella sabía que tu corazón pertenecía a otra. Creo que murió en paz después de contarnos la verdad.

Durante un rato, nadie dijo nada.

Stone le agarró la mano a Madison y se la apretó con fuerza. Parecía muy afectado y a Madison no le extrañaba porque a ella también le había conmovido la historia.

Corey se aclaró la garganta, pero todos notaron sus ojos húmedos.

-Le agradezco que me permitiera conocer la verdad después de todos estos años -se volvió a aclarar la garganta-. Me habéis dicho que erais trillizos. Eso significa que tengo tres hijos.

Clint se rió.

-Bueno, tienes dos hijos y una hija. Casey es una chica y la razón por la que no está aquí es porque le está costando asimilar todo esto. Mamá y ella estaban muy unidas y, encima, se entera de que su padre está vivo. Está pasándolo un poco mal.

Una vez más se hizo un silencio.

Entonces, habló Stone.

-¡Caramba! Otra chica Westmoreland. Nosotros creíamos que Delaney era la única -se volvió hacia sus primos con una sonrisa-. ¿También a vosotros os volvía locos como Delaney a nosotros?

Los dos hermanos intercambiaron una sonrisa.

-Locos es poco. Esperad a que la conozcáis. Ya lo entenderéis.

Madison estaba acurrucada en los brazos de Stone en la cama.

-Es una pena la muerte de Carolyn, pero, al menos la historia no ha acabado mal del todo: Clint y Cole han conocido a su padre y Corey se ha enterado de que tiene tres hijos.

Stone le dio un beso a Madison.

-Verás cuando toda la familia se entere. ¿Te diste cuenta de lo orgulloso que se ponía

el tío al enterarse de que los dos eran guardas forestales?

Al rato, cuando Madison se quedó dormida, Stone salió de la habitación sin hacer ruido. Al salir al pasillo, se topó de cara con Durango.

-¿Parece que has estado de visita nocturna? -dijo Durango con una gran sonrisa.

-¿Por qué no estás en la cama como todo el mundo?

-Porque estaba buscándote. Al ver que no estabas en tu habitación, deduje que habías ido a darte un baño. Evidentemente, estaba equivocado.

-Evidentemente. ¿Para qué me buscabas?

-Para darte esto -dijo mostrándole un telegrama-. Llegó hace unos días.

Stone tomó el sobre y lo rasgó.

-¡Maldición!

-¿Malas noticias?

Stone meneó la cabeza.

-Es de mi agente. Quieren hacer una película de mi último libro y la oferta es de ocho cifras. Quiere que me presente en Nueva York dentro de dos días para dar la noticia en la feria del libro de Harlem.

Durango sonrió.

-¡Caramba, Stone! Eso es maravilloso.

-Sí -dijo él desganado-. Pero, ahora mismo no quiero estar en ningún otro sitio.

Durango levantó una ceja, confundido.

-¿Por qué no?

Stone no respondió.

-Entiendo.

-¿Qué es lo que entiendes, Durango?

-Entiendo, que esa chica de ciudad te ha atrapado como me atraparón a mí hace unos años. Hazme caso, ten mucho cuidado de no enamorarte. El dolor de corazón es muy duro.

Stone tomó aliento.

-Creo que tu consejo llega demasiado tarde.

Sin decir nada más, se marchó.

Stone miró el reloj mientras esperaba a que Madison bajara a desayunar. Se iba a marchar con Durango y Quade en menos de una hora. Clint y Cole se iban a quedar un tiempo con Corey.

-¿Stone? Mi madre me ha dicho que querías verme.

Stone la miró con una sonrisa y le tomó una mano entre las suyas.

-Durango me ha traído un telegrama. Mi agente quiere que esté en Nueva York para un tema relacionado con mi libro. Tengo que marcharme inmediatamente.

La cara de Madison mostró su decepción.

-Voy a echarte de menos.

El la abrazó con fuerza.

-Yo también. Volveré en cuanto acabe. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

Ella lo miró a los ojos.

-No lo sé, Stone, yo...

-Por favor, espérame, Madison. Todavía no has estado en Yellowstone y quiero llevarte a que lo conozcas.

Ella sonrió con tristeza.

-Me gustaría.

Sin importarle quién pudiera aparecer por el pasillo, la abrazó con fuerza y la besó. Necesitaba llevarse eso de ella para aguantar hasta que volviera a verla. Después, pensaba tener una larga charla sobre su futuro juntos.

-Volveré en cuanto pueda -le susurró junto a los labios. Ella asintió.

-Estaré contando los días.

-Yo también.

Capítulo Diez

Cualquier otro día, Stone habría disfrutado de una fiesta en su honor; pero, en aquel momento, no le apetecía nada estar allí. Su agente, Weldon Harris había organizado esa fiesta sorpresa y había invitado hasta a la prensa. Stone apretó los dientes al ver que Noreen Baker, la periodista a la que tanto detestaba, había sido invitada.

Estaba fastidiado, sobre todo, porque lo que podía haberse solucionado en un par de días, entre fiestas y entrevistas, estaba durando ya más de una semana. El teléfono de su tío todavía estaba estropeado y no podía contactar con Madison para explicarle por qué estaba tardando tanto en volver.

Vio que Noreen Baker miraba hacia él, lo último que deseaba era tener que saludarla. Se volvió para escaparse, pero ella lo llamó. Hubiera sido muy grosero por su parte no contestar. Suspiró profundamente cuando ella llegó.

-Enhorabuena. Debes estar muy orgulloso.

-Lo estoy -dijo él, cortante, decidiendo que no quería charlar con ella. Ella miró a su alrededor.

-Tengo que decir que ésta es una fiesta estupenda.

-Me alegro de que te guste, ahora, si me...

-¿Sigues recluyéndote?

El se paró en seco.

-No me recluyo. De hecho, estoy en un programa de voluntariado para enseñar a gente a leer. ¿Por qué no escribes algo sobre ese programa?

-No. Quiero algo más personal. Después del anuncio que habéis hecho, eres la persona que más interesa y al ser joven, soltero y rico, tendrás a muchas mujeres persiguiéndote. ¿Tienes alguna novia? ¿Planes de matrimonio?

Stone pensó inmediatamente en Madison. Le encantaría anunciarle al mundo entero que estaba enamorado de ella y que quería casarse; pero información como ésta, especialmente en mano de ese buitres en particular, podía ser realmente perjudicial para Madison. Noreen no le daría ni un minuto de respiro hasta conseguir una historia, del tipo que fuera.

-¿Cómo voy a plantearme el matrimonio si no hay ninguna mujer especial en mi vida?

-¿Y un hombre?

Stone la miró con incredulidad.

-Tú que has seguido mi vida tan de cerca deberías saberlo.

-De acuerdo. Fue un golpe bajo y lo admito. ¿Entonces, no hay ni una sola mujer que le interese a Rock Masón?

Stone frunció el entrecejo.

-Creo que ya te lo he dejado bien claro. Rock Masón no está interesado en nadie en particular; de hecho, le encanta estar soltero.

-¿Por eso te vas a ir cuatro meses de gira por Europa?

Stone volvió a arrugar el ceño, preguntándose cómo era posible que las noticias volaran de aquella manera. Todavía no había tomado ninguna decisión sobre si iba a hacer esa maldita gira. Dependía de Madison. Sólo iría si ella iba con él. No tenía la intención de dejarla detrás.

Miró a Noreen a los ojos y le dijo.

-Sin comentarios. Si me perdonas, hay alguien a quien quiero saludar -y se alejó de ella.

Tres días después, Stone estaba en la habitación del hotel, haciendo por fin la maleta para volver a Montana. Había hablado con su familia en Atlanta y estaban encantados de que ahora hubiera tres Westmoreland más. También había hablado con Durango y le había dicho que no había hablado con el tío ni lo había visto desde que se marchó.

Stone deseaba volver con Madison. La echaba de menos. Miró al televisor y le sorprendió ver su cara. Se acercó al aparato y subió el volumen. Entonces, apareció Noreen Baker en pantalla.

-Como ya les informamos la semana pasada, el conocido autor Rock Masón ha vendido los derechos sobre su último libro para una película. ¡La cantidad de la que se habla tiene ocho ceros! Hace unas noches hablé con él en una fiesta que se daba en su honor y me desmintió que tuviera alguna relación. Me aseguró que todavía prefiere acostarse con las mujeres en lugar de casarse con ellas. También tiene planes de hacer un viaje de promoción de su libro de cuatro meses por Europa. Así que, si alguna de vosotras, tenía alguna esperanza con el señor Amasador de Dinero, ya os podéis ir olvidando. Stone es inflexible en lo que respecta al matrimonio y piensa mantener su soltería por un buen tiempo todavía.

Stone apagó el televisor, meneando la cabeza. Desde luego, no se podía esperar nada bueno de aquella víbora. Se fue a seguir con el equipaje. El taxi lo recogería en una hora para llevarlo al aeropuerto. Lo único en lo que podía pensar era en que iba a volver a ver a Madison.

A cientos de kilómetros de distancia, Madison también estaba haciendo las maletas. Había visto el programa en el que aparecía Noreen Baker y había escuchado todo lo que había dicho. Stone llevaba diez días fuera y ella no había sabido nada de él. Aunque el teléfono seguía estropeado, si hubiera querido contactar con ella, le podía haber escrito una carta o algo. La avioneta de correos les dejaba la correspondencia dos veces a la semana.

«Todavía prefería acostarse con las mujeres en lugar de casarse con ellas...»

Cerró los ojos, luchando por contener las lágrimas. ¿Cómo había permitido que las cosas llegaran tan lejos cuando ya le había dicho desde el principio que no estaba interesado en casarse? No quería tener que preocuparse por nadie e iba a demostrarlo marchándose durante cuatro meses a Europa.

Si ahora estaba sufriendo era por culpa suya, pensó, irritada consigo misma. Ella sola se había imaginado que significaba algo para él, que cada vez que hacían el amor era algo más que sexo. Incluso había llegado a pensar...

-¿Te marchas?

Se volvió al escuchar la voz de su madre. Asintió y continuó con lo que estaba haciendo. Corey y su madre estaban con ella en el salón viendo la tele cuando escucharon lo que decía la periodista.

-Huir no solucionará nada, Madison. Le dijiste a Stone que estarías aquí cuando volviera y...

-¿Qué te hace pensar que va a volver, mamá? Tú has escuchado lo que ha dicho esa periodista. Ya tiene planes para irse cuatro meses por Europa. Cometí el error de esperar demasiado. Punto final.

Abby se acercó a su hija.

-No es tan fácil poner el punto final cuando amas a alguien. El punto final sólo llega cuando los dos estáis juntos.

Madison le dio la espalda.

-Quizá eso haya funcionado para Corey y para tí, pero vosotros dos os amáis y os merecéis un final feliz. Yo sé lo que siento por Stone, pero, en ningún momento me dijo que me amaba, jamás me insinuó que tuviéramos un futuro juntos. Cometí el error de hacerme ilusiones. Nunca pensé que me iba a enamorar de él tan rápidamente y con tanta intensidad, mamá, pero pasó. No me arrepiento de amarlo, lo único que me duele es que él no sienta lo mismo; pero lo superaré. Soy una superviviente y algún día, de alguna manera, lo superaré.

Abby agarró a su hija de la mano y la abrazó. Sabía que no podía decirle a su hija que una mujer nunca olvidaba al hombre al que amaba. Ella lo había intentado y no lo había logrado.

Suspiró al soltar a Madison y dio un paso atrás.

-¿Cuándo piensas marcharte?

-Por la mañana. Ya he hablado con Corey. El avión de correos vendrá mañana y seguro que no les importa dejarme en el Silver Arrow. Cuando vuelva, me pondré en contacto con el instituto para dar clases durante el verano.

Abby acarició la mejilla de su hija, sintiendo el dolor. Para que ella se montara en un avión tan pequeño tenía que estar muy desesperada por marcharse.

-Tenía la esperanza de que te quedaras con nosotros una temporada, por lo menos, hasta el final del verano.

Madison asintió. Ella también había soñado con eso; pero ahora sabía que lo mejor era volver a Boston.

-Volveré en diciembre, para la boda.

Sólo pensar en eso le dolía porque sabía que Stone también estaría allí. Acabaría de volver de Europa.

-Además, vas a volver a casa en septiembre para ocuparte de los asuntos legales del centro.

Abby sonrió.

-Iremos a la ópera.

Madison sonrió entre un río de lágrimas.

-Eso será genial, mamá.

-¿Cómo que no está aquí?

Corey se cruzó de brazos.

-Lo que te acabo de decir. Se ha ido. ¿De verdad esperabas que se quedara después de lo que oyó en ese programa de televisión?

-¿Qué programa? -preguntó Stone con el ceño fruncido.

-Aquél en el que una periodista anunciaba al mundo entero que preferías acostarte con una mujer a casarte con ella. Probablemente, Madison pensó que entraba dentro de ese grupo.

Stone se frotó la cara con las dos manos.

-¿Cómo iba a pensar ella algo así?

Corey se apoyó en la columna del porche.

-¿Cómo no? ¿Alguna vez le has dicho que era de otra manera?

Stone tomó aliento.

-No.

-¿Entonces? Actuó como lo haría cualquier mujer, teniendo en cuenta las circunstancias. Además, la periodista habló de un viaje por Europa y Madison debió pensar que si ibas a embarcarte en algo así era porque ella te importaba un pimiento.

Stone miró a su tío a los ojos.

-Madison lo es todo para mí. La amo tanto que me duele.

Corey se frotó la barbilla.

-¿Y qué me cuentas de toda esa historia de la que nos has estado hablando toda la vida sobre la libertad, la búsqueda de aventuras, el no tener que pensar en nadie...? Eso por no hablar de perder el control de tu vida.

-Mi perspectiva cambió al enamorarme de Madison.

Durante un rato, ninguno de los dos habló.

-Voy a comer algo y me marcho.

-¿Adonde vas a ir?

Stone se metió la mano en el bolsillo, donde tenía la sortija con el diamante.

-Voy detrás de Madison.

Stone la vio cuando salió del instituto. Abby le había contado que como vivía cerca, prefería ir andando. Además, aparcar en el centro de Boston era casi imposible.

Recordaba que Madison le había dicho en una ocasión que amaba Bostón. A él no le importaba trasladar allí su casa si ése era el lugar donde ella quería vivir. Se iría a cualquier parte con tal de estar a su lado.

Stone sentía el corazón rebosante de amor al verla bajar por la acera a paso ligero. Decidió que ya no podía esperar más. Cruzó la calle de dos zancadas, cuando ella se paró en un puesto de fruta que había en la calle.

-¿Madison?

Madison levantó la cabeza. Se llevó la mano al pecho y, durante un instante, no pudo respirar.

-¿Stone, qué haces aquí? -preguntó, sorprendida de lo guapo que era. Habían pasado doce días desde la última vez que lo había visto. Y al verlo de nuevo recordaba lo enamorada que estaba de él. Llevaba unos pantalones color caqui y una camisa azul claro. Madison hizo un esfuerzo para no mirarlo de arriba abajo.

La estaba mirando con tal intensidad que a Madison le temblaban las rodillas.

-Me dijiste que estarías en casa del tío Corey cuando volviera -dijo él con una voz profunda y ronca.

Ella se mojó los labios con nerviosismo y, al recordar todo lo que la periodista había dicho, decidió que no tenía que darle ninguna explicación, igual que él no tenía que dársela a ella.

-Como mi madre estaba bien, decidí volver a casa —dijo, y volvió a mirar la fruta.

-Creo que tenemos que hablar -dijo él y ella volvió a mirarlo. Después, deseó no haberlo hecho.

Estudió sus facciones. Estaba mal afeitado y bajo los ojos se notaban unas líneas de cansancio. Parecía agotado.

-¿Cuándo ha sido la última vez que has dormido toda una noche de seguido? -preguntó ella sin dejar de mirarlo. Se preguntó si la falta de sueño se debería a todas las fiestas en las que había estado en Nueva York.

El se encogió de hombros.

-No dormí nada en el avión de Nueva York a Montana por la emoción. Cuando llegué al rancho y no estabas, me volví de inmediato al aeropuerto y tomé un avión hasta aquí.

-¿Por qué?

-Porque tengo que hablar contigo.

Ella dejó escapar un suspiro.

-¿Dónde están tus cosas?

-En un hotel. ¿Hay por aquí algún sitio donde podamos sentarnos a charlar un rato?

Madison tragó con dificultad. Tenía el presentimiento de que sabía lo que le iba a decir y pensó que lo último que quería era llevarlo a su casa, porque no quería tener recuerdos de él allí.

Pero era el lugar más cercano y lo menos que podía hacer después de todos los kilómetros que había recorrido para hablar con ella era ofrecerle una taza de café.

-Mi apartamento está cerca. ¿Quieres que vayamos allí?

-Claro.

Caminaron el uno junto al otro sin decirse nada; apenas un comentario sobre un monumento al pasar. Enseguida llegaron a las torres del Ritz-Carlton. Él la miró sorprendido.

-Vivo en la zona residencial. Una parte de la torre tiene apartamentos privados -le explicó ella, después de saludar al portero—. Se entra por un recibidor distinto del hotel.

El asintió y la siguió dentro del lujoso recibidor que conducía a un ascensor privado.

-¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

-Desde que acabé la universidad, a los veintiún años. Mi padre me dejó un dinero en herencia y mi madre me aconsejó que me comprara una casa, y eso hice. Este apartamento, ahora vale el doble de cuando lo compré. Está al lado de mi trabajo y además puedo utilizar los servicios del hotel, mensajería, limpieza.... También puedo utilizar el restaurante, la piscina... Incluso si llego muy cansada, puedo utilizar el servicio de habitaciones.

A Stone le gustó la casa desde el momento en el que entró. Era espaciosa y estaba decorada con mucho estilo y elegancia. Se veía que los muebles eran caros y añadían calor.

-Tiene un dormitorio, un baño y un aseo, un salón con chimenea, cocina y estudio, justo lo que necesito -dijo ella, acercándose a correr las cortinas. El ventanal que iba desde el suelo hasta el techo ofrecía unas maravillosas vistas de Boston.

El se fijó en un piano blanco precioso que había en el medio del salón.

-Ese fue el último regalo que mi padre me compró antes de morir. Para mí, con quince años, fue como si mis sueños se hubieran hecho realidad. Los pianos Sauter son conocidos por su sonido de calidad, su toque suave y su expresividad única -se apartó unos rizos de la cara y añadió-. Y como puedes ver, es precioso. He pasado muchas horas felices tocándolo.

El asintió.

-¿Tocas con frecuencia?

-Sí. El piano me relaja -decidió no decirle que desde que había vuelto de Montana la música del piano era la única capaz de aliviar un poco el dolor de su corazón-. Siéntate. Voy a preparar una taza de café.

-Gracias -la vio dejar la habitación. Había pensado todo lo que le iba a decir, pero llegado el momento, parecía que se quedaba sin palabras. Para él era muy fácil escribir cosas en un papel; pero aquello no era ficción. Era un asunto realmente importante.

Se sentó en el sofá y le gustó la suavidad del cuero. Toda la habitación olía a ella. Apoyó la cabeza en el respaldo y decidió cerrar los ojos durante un segundo. Podía oír sus movimientos en la cocina y el sonido de los barcos al pasar por el puerto. Pero su mente se desconectó de todo y, lentamente, se quedó dormido.

Cuando Madison salió con el café así se lo encontró. Decidió dejarlo dormir un rato. Sacó una manta y se la echó por encima.

-Túmbate y descansa un rato.

El le hizo caso.

-Pero, tenemos que hablar -se quejó medio dormido.

-Ya hablaremos cuando te despiertes. Madison dejó escapar un suspiro. Quería hablar con ella. Probablemente, después del idilio que habían tenido, sentía la necesidad de comunicarle personalmente que lo suyo no podía continuar.

Volvió a dejar escapar otro suspiro y fue a darse una ducha.

Stone abrió un ojo lentamente y escuchó la música clásica que sonaba. Inmediatamente reconoció a Bach. Muy despacio, se incorporó y se levantó del sofá doblando la manta con la que Madison lo había arropado.

Dejó escapar un suspiro. Había echo tantos kilómetros para hablar con ella y se había quedado dormido. Se estiró y decidió ir a buscarla. Necesitaba contarle lo que sentía por ella y esperaba que ella sintiera lo mismo.

Se la encontró en el balcón con un caftán y descalza. Tenía una copa de vino en la mano.

Sus miradas se encontraron y así permanecieron un instante.

-¿Qué tal la siesta?

-No pensaba quedarme dormido de esa manera. Lo siento.

-Estabas muy cansado -lo disculpó ella.

-Tenemos que hablar.

Ella se volvió a mirar la ciudad.

-No tenías que haberte molestado en venir, Stone. Desde el principio, yo sabía cómo estaban las cosas por lo que no me debes ninguna explicación.

El levantó una ceja sin saber de qué estaba hablando.

-¿Ah, no?

-No. Tú nunca me mentiste. Eres libre para irte donde quieras. Me imagino que estarás preocupado porque como tu tío y mi madre van a casarse, no quieres que haya malos sentimientos entre nosotros. Pero no los habrá. No tienes que preocuparte de nada, siempre te consideraré mi amigo.

Stone le quitó la copa de la mano y se la bebió de un trago.

Ella lo miró con curiosidad.

-¿Así que crees que por eso estoy aquí? ¿Para acabar nuestra relación con elegancia? -preguntó él, con una sonrisa.

-¿No es así? -preguntó ella con voz queda. Algo se movió dentro de Stone. Tenía que habérselo dicho antes. Que la amaba y que lo que había habido entre ellos había sido

mucho más que sexo. Le había calado hasta lo más profundo de su ser y ahora ya no podía vivir sin ella. Debía habérselo dicho antes de irse a Nueva York, pero la marcha había sido tan precipitada que no le apeteció hacerlo de aquel modo. Ahora se arrepentía.

-Vamos al salón.

La agarró de la mano y la condujo hasta el sofá. Cuando se sentaron, tomó sus manos entre las de él.

-Tenemos que aclarar unas cuantas cosas.

Ella levantó una ceja.

-¿Cuáles?

-La razón por la que estoy aquí y por la que llevo cuarenta y ocho horas sin dormir es porque quiero decirte que no pienso ir a ninguna parte, ni a Montana, ni a Nueva York, ni de gira por Europa, si no vienes conmigo.

Madison lo miró confundida.

-No entiendo.

El se rió.

-Evidentemente, y todo es por mi culpa. Hay algo que debería haberte dicho cada vez que hacíamos el amor.

Ella cada vez estaba más nerviosa.

-¿Qué?

-Que te amo.

Lo miró perpleja.

-Pero... pero... yo no sabía... -tartamudeó ella sin lograr decir nada.

-Por eso estoy aquí, Madison, para hacértelo saber. Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi en el avión; aunque me costó un tiempo asimilarlo. Debería habértelo dicho antes de irme a Nueva York, pero todo fue tan rápido que pensé que era mejor decírtelo a la vuelta. Después, el viaje duró más de lo esperado. Yo también vi el programa de televisión, pero no me imaginé que cuando escucharas a esa bruja ibas a pensar que tenía nada que ver contigo. Cuando habló conmigo, no quise decirle nada de ti porque quería mantener lo nuestro en privado. Además, primero tengo que saber qué sientes tú por mí.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso. Ella lo abrazó con fuerza y lo miró llena de felicidad.

-Te quiero, Stone, con todo mi corazón. Creo que yo también me enamoré la primera vez que te vi. Me dio tanta vergüenza cuando me di cuenta de que había estado a punto de tocarte... Pero ahora sé que la mano fue ahí por algo -dijo deslizando la mano hacia abajo para tocarlo exactamente «ahí».

Sonrió al notar que estaba duro porque sabía lo que eso significaba.

Stone gruñó su nombre y volvió a cautivar su boca con la de él, cuando el beso se intensificó, ella se hundió en él, devolviéndole la caricia como él le había enseñado, disfrutando de la pasión que había entre los dos. Al rato, él se separó y le tomó la cara

entre las manos.

-¿Quieres casarte conmigo, Madison? ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo? Sé que te encanta Boston y si quieres que vivamos aquí...

Ella le puso un dedo en los labios.

-Sí, quiero casarme contigo, Stone. Te quiero y mi casa siempre estará donde tú estés. Sé que te gusta viajar y, después de visitar Montana y ver lo hermosa que es, me he dado cuenta de lo que me he estado perdiendo al no viajar. Ahora quiero viajar contigo.

El la volvió a besar emocionado.

-Te quiero. Te he traído esto de Nueva York -dijo metiéndose la mano en el bolsillo para sacar la caja de terciopelo.

Con lágrimas en los ojos, Madison la abrió con manos temblorosas y sacó un precioso anillo de diamantes.

El lo tomó de sus manos y se lo puso.

-Quiero que nos casemos cuanto antes; aunque no me importaría esperar si tú quieres una boda por todo lo alto.

-No. Eso era lo que quería con Cedric, pero no con nuestra boda; nosotros no lo necesitamos.

La sonrisa de Stone iluminó su rostro.

-Nos casaremos este verano, en Montana. El tío Corey ha preparado una fiesta familiar para presentarles a todos a tu madre. ¿Qué te parece si aprovechamos la ocasión?

-Me parece genial. ¿Cuándo te marchas para Europa?

El meneó la cabeza.

-Todavía no he fijado nada. Todo dependía de lo que tú quisieras hacer. Sé que te gusta enseñar y...

Ella negó con la cabeza.

-También me gusta componer. Ahora puedo aprovechar para hacerlo.

-Creo que es una idea maravillosa -dijo y la tomó en brazos para llevarla al dormitorio—. Ahora podemos dedicarnos a otros asuntos.

Deseaba más que nada en el mundo acariciarla por todas partes, besarla por todas partes y, después, hacerle el amor hasta que los dos quedaran exhaustos.

Cuando los dos estaban llegando en una espiral de pasión, perdidos en un placer indescriptible, Stone supo que sus padres habían acertado cuando predijeron para sus hijos amor a primera vista.

Ahora, deseaba amar a Madison el resto de su vida.

Epílogo

Cuando Stone y Madison volvieron a Montana, descubrieron que Corey y Abby habían decidido no esperar hasta navidades para casarse. Así que, las dos parejas decidieron unirse el mismo día de agosto.

El día de la boda había llegado por fin y Madison miró a su alrededor. Nadie como su madre podía llevar tanto estilo, gracia y elegancia a las montañas de Montana. Casi todos los invitados habían llegado en avión al aeródromo que varios rancheros tenían en lo alto de las montañas. Su madre había traído una banda y a una empresa de restauración de Boston. Todo estaba perfecto.

-¿Estás lista?

Madison miró a su flamante esposo. Hacía menos de una hora que se habían casado y había llegado el momento de las presentaciones.

—Sí, estoy lista.

Stone la besó en los labios y la llevó de la mano para presentarle a sus hermanos, primos y tíos. Los Westmoreland eran una gran familia.

Después de las presentaciones, Stone tomó a Madison en sus brazos. Dentro de pocas horas partirían para pasar una semana en San Francisco. Su madre y Corey iban en dirección contraria, a Jamaica.

Madison nunca había estado en San Francisco y Stone, que había estado allí en varias ocasiones, había planeado una luna de miel allí para enseñárselo.

Ese mismo mes partirían de gira por Europa y volverían justo antes de Navidad. Ya habían decidido instalar su casa en Atlanta.

—No puedo esperar a tenerte para mí solo —le susurró Stone al oído mientras se dirigían hacia el centro de la reunión para cortar el pastel nupcial.

-Yo tampoco -le dijo Madison con una sonrisa que lo decía todo.

Tenía una sorpresa para él: le había compuesto una canción. Mientras miraba a su marido con ojos de enamorada, pensó que aquella canción permanecería en su corazón para siempre.